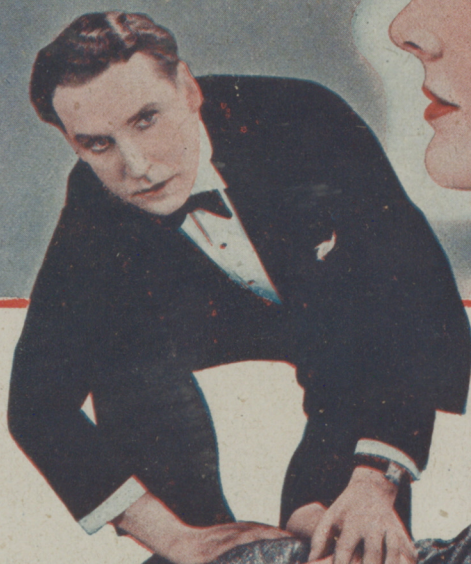


editorial "alas"

Bajo el manto de la noche

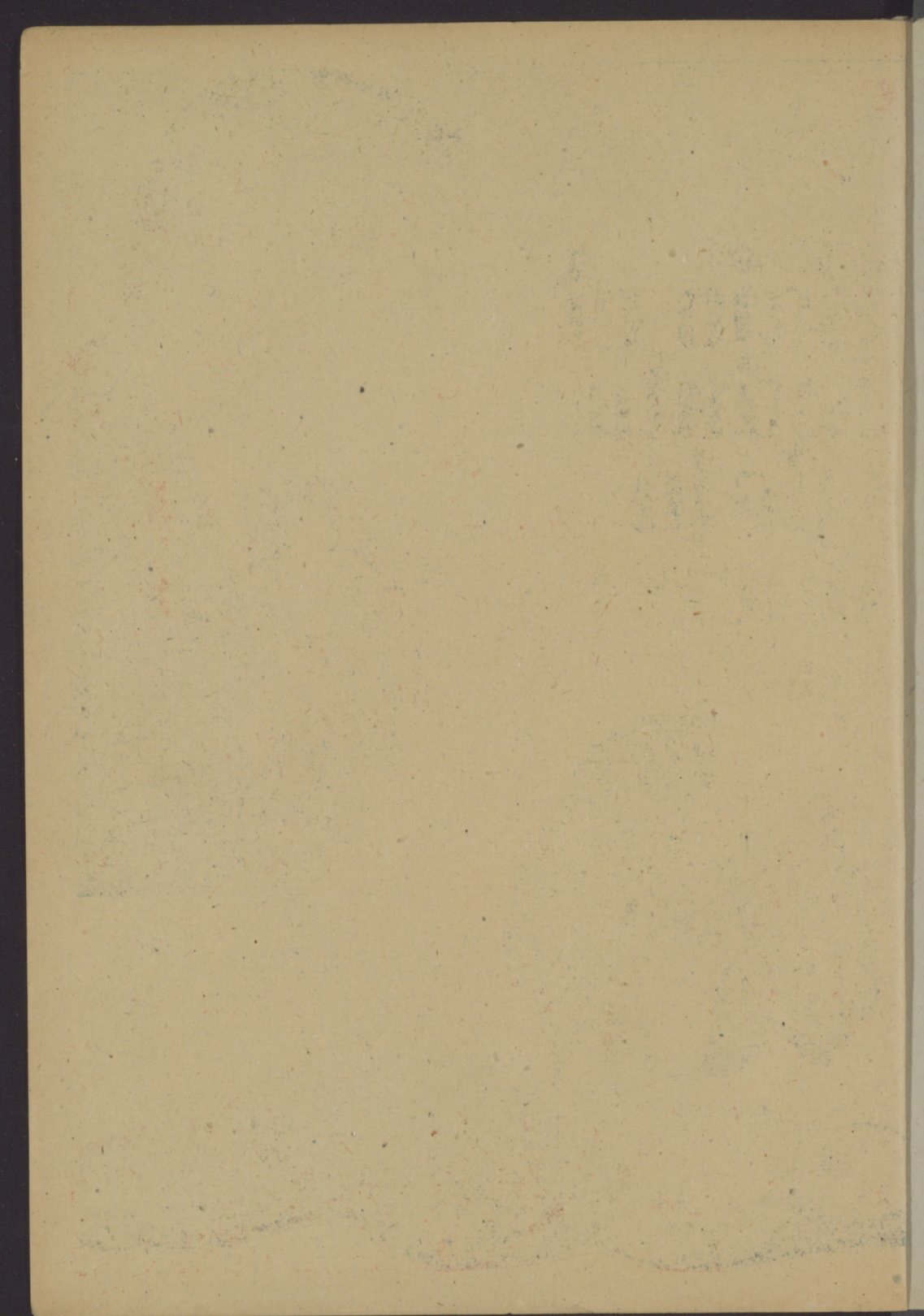


EDMUND LOWE
SARA HADEN
HENRY DANIELL

SERIE ALFA

2'50
PTS.

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS





**BAJO EL MANTO
DE LA NOCHE**

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

IMPRENTA COMERCIAL - Valencia, 254 - Tel. 70657 - BARCELONA

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAGUER

DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES,
Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Teléf. 70637 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Barbará, 16; Barcelona -

EDITORIAL
AUS

Publicación semanal

AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE ★ ALFA

NUM. 274

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

CASI siempre hemos visto que el crimen surge en hogares sórdidos, donde la miseria y la ignorancia, si bien nunca lo justifican, lo atenúan; pero cuando vemos que los crímenes más abyectos tienen por escenario un lujoso palacio y sus perpetradores gentes de ciencia, la repugnancia, la condena es tanto mayor, por cuanto entonces no es posible hallar justificación ni atenuantes.

PRODUCCION:



Calle de Mallorca, 201

BARCELONA

INTERPRETES PRINCIPALES

Cristóbal Cross. . .	EDMUND LOWE
Amelia Reed. . .	FLORENCE RICE
El sargento Ambrosio	Nat Pendleton
Pablo Griswald. . .	Henry Daniell
Juana Griswald. . .	Sara Haden
Gerardo Shaw . . .	Dean Jagger
Celia Van Horne. . .	Marla Selton
Susana Nach. . .	Dorothy Peterson
Doctor Redd. . .	Harry Davenport
Rodolfo Brehmer . .	Frank Reicher
Señora Nash. . .	Zeffie Tilbury

Narración literaria de la novela
JUAN L. DEL CAMPO

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

RESUMEN ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

EL DOCTOR REED SE DESPIDE DE SUS AMIGOS

EN la Universidad de Trent reina un nerviosismo inusitado desde que se ha sabido, entre los elementos rectores, que al serle concedido el retiro al doctor Reed, se le daba la facultad de elegir a su sucesor. Los amigos del anciano rector que pronto abandonará la cátedra y dejará de regir la Universidad, se consideran, todos ellos, con suficientes aptitudes para ocupar la vacante y todos alientan esperanzas, porque el doctor Reed es una persona tan discreta, que no ha comunicado a nadie sus intenciones y, por otra parte, con su amable trato, no ha dado a entender a ninguno de los catedráticos si tenía o no preferencias por alguno de ellos.

Hoy es el día en que explica su

última lección. El aula está atestada. No falta un solo alumno ni tampoco ningún profesor. El doctor Reed, durante cuarenta años ha estado enseñando en la Universidad de Trent. Ha visto desfilar por allí varias generaciones y el sabio catedrático pesa toda la importancia de su última clase, ante aquellos alumnos y compañeros a quienes se ha comunicado la emoción de su respetado maestro.

La clase ha terminado, y llega el momento, temido por todos, de tener que pronunciar el discurso de despedida. El doctor Reed se levanta. A sus alumnos les parece que ha envejecido desde que ha empezado la clase. Les envuelve a todos con su mirada y les dice:

—...y como hoy es fin de curso,

todos dejamos la Universidad. Vosotros vais a empezar vuestra vida, yo a prepararme para terminarla. Siento perderos como alumnos, aunque esto queda compensado, cuando pienso en los que quedan para continuar mi trabajo.

Un ligero murmullo acogió las últimas palabras del doctor Reed.

Sonrió dulcemente el gran sabio y continuó:

—Queda para ilustraros el inteligente profesor Pablo Griswald, cuyos estudios astronómicos le han conquistado un nombre en todo el mundo científico. También podréis aprovecharos de los conocimientos del catedrático Carlos Lamont, cuya teoría sobre la masa molecular ha sido objeto de mucha discusión y ha despertado la curiosidad del mundo entero. No he de pasar por alto a la inteligente profesora señorita Susana Nash y al brillante e inteligente Alan Shaw, recién llegado de su expedición en busca de tesoros arqueológicos, cuyas exploraciones redundarán en beneficio de sus alumnos.

Todos los catedráticos a quienes había nombrado el doctor Reed, estaban presentes en la clase, y cada uno, por su cuenta, al oír su nombre, creía ser nombrado rector de la Universidad de Trent.

El rector continuó:

—Para mí no deja de ser un gran honor el que todos estos señores hayan sido alumnos míos en otros tiempos, por esto, al serme concedida la facultad de elegir a mi sucesor, me doy cuenta de que se me ha hecho objeto de una gran distinción y al mismo tiempo una gran responsabilidad.

Un aplauso cerrado coronó las palabras del doctor Reed. El escuchó serenamente los aplausos y dió a entender que no había terminado aún. Todos continuaron en sus sitios, y siguió el profesor:

—Hoy no nombraré todavía a mi sucesor. Dentro de ocho días sabréis mi decisión.

Como si lo que le faltaba decir fuera lo más penoso, hizo una pausa bastante prolongada, y finalmente dijo:

—Las despedidas son tristes. Supongamos que ya me he despedido de vosotros todos y para terminar el acto, cantemos el himno de nuestra Universidad. Muchas veces, durante estos cuarenta años, me ha parecido una canción sin gran importancia; pero hoy quisiera cantarlo con todos vosotros por última vez.

A estas palabras del rector, se pusieron en pie alumnos y profesores y cantaron el himno, pero sin entusiasmo; en todas las gargantas se había formado un nudo que no les

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

permitía dar aquella nota de entusiasmo que requieren los himnos. En los ojos del doctor Reed asomaron las lágrimas, y la canción terminó más bien como un responso que no como un himno universitario cantado por gente joven.

Los alumnos se retiraron como los demás días hacían al terminar la clase, y sólo quedaron los catedráticos, a quienes el doctor Reed ofreció un té que sirvió su encantadora nieta, Amelia Reed. Esta se acercó solícitamente a su abuelo, quien todavía estaba visiblemente emocionado, y le dijo:

—Abuelito, necesitas una taza de té para reponerte. Son demasiadas emociones.

—Sí, hija mía. Te lo agradezco. Me encuentro muy cansado.

La señora Griswald, esposa del catedrático del mismo nombre, persona que no frecuentaba ninguna reunión, entró en la clase y al verla el doctor Reed se acercó a ella y cogiéndola por ambas manos le dijo:

—Juana Griswald... Esto sí que es un honor para mí... Abandonar su clausura para asistir a mi fiesta.

—Doctor Reed, usted fué mi profesor; todo lo que sé se lo debo a usted. No podía dejar de venir y acompañarle en día tan señalado como hoy.

Amelia Reed se acercó para ofrecerle una taza de té.

—No tomo nunca nada por la tarde; gracias, Amelia.

Esta no insistió y fué a atender a otros invitados.

—Tiene usted una encantadora nieta—dijo la señora Griswald mirando a Amelia, que se desvivía para cumplir con todos los invitados.

—Ya tiene el título de Bachiller—dijo orgulloso el abuelo—. Pero, cuénteme algo de su trabajo, Juana.

—¿Mi trabajo? Consiste exclusivamente en ayudar a mi ya célebre marido.

—Pues ya tiene un buen profesor. Pablo Griswald es hoy día una autoridad en astronomía. Su opinión pesa como pocas.

Juana sonrió enigmáticamente. Pareció que iba a decir algo, pero quedó callada, observando a los demás invitados.

En otro ángulo de la clase estaba el doctor Griswald. Joven todavía, una cara inteligente, unos ojos que parecían observarlo todo y en los que, a veces, en momento de descuido, asomaba la crueldad. Amelia se acercó a Griswald.

—¿Una taza de té, doctor Griswald?

—Sí, Amelia, con mucho azúcar. Esto me recuerda la primera vez

que tomé el té en casa de tu abuelo. Te senté en mi rodilla...

—Y usted me dió emparedados...

—Hoy, sin duda, anda alguien por aquí de quien aceptarías los emparedados con más gusto. Ya no eres una niña.

—Pero todavía tengo buen apetito...

—Ya me entiendes.

—Doctor Griswald, puedo tener mis preferencias, pero siempre le he tenido a usted por un buen amigo del abuelito y mío.

—¡Mira quién viene por aquí! El famoso Gerardo Shaw, después de seis meses de ausencia para explorar el Yucatán.

—¿No sabía usted que había llegado?—y al decir esto, Amelia se ruborizó.

—Lo suponía, cuando oí que tu abuelo lo nombraba, pero no le había visto aún.

Gerardo Shaw vió a Amelia y corrió hacia ella, exclamando:

—¡Qué alegría, Amelia, poder verte después de tanto tiempo!

Y cogiéndole ambas manos las retuvo un buen rato, sin dejar lugar a duda de que estaba enamorado de la muchacha.

—Poder verte a ti—prosiguió el joven profesor—y poder comer decentemente después de seis meses de conservas.

Susana Nash, la única profesora femenina del grupo del doctor Reed, estaba observando a Amelia y a su admirador Gerardo. Curiosa, como toda mujer, se acercó a los dos jóvenes, para felicitarles.

—Gracias, querida Susana, ya le sobrá tiempo para felicitarnos. Gerardo tiene cosas más importantes que yo en qué ocuparse de momento.

—Sus exploraciones, señor Shaw, son la comidilla de toda la gente de ciencia—dijo Susana.

—Y eso que no han visto nada todavía. Espere a que les muestre algo de lo que he traído.

Susana, quien había tenido mucho interés en hablar con Gerardo, pareció estar ya satisfecha y se dirigió a una profesora de otra Facultad, que también había sido invitada por el rector. Esta señora preguntó a Susana:

—¿A quién cree usted que nombrará el doctor Reed para sustituirle?

—A mí, no—contestó Susana con viveza—. Las mujeres nunca nos llevaremos las buenas piezas, aunque tuviéramos el talento de Einstein.

—No creas. Bien obtenemos título y cátedra, como cualquier hombre.

—Pero cuando se trata de regir

una Universidad, hasta la fecha siempre se ha nombrado a un hombre.

—Hasta la fecha...

—No se haga ilusiones, mi querida compañera. Tardaremos muchos años en vernos nosotras en las Universidades.

—Tal vez es mejor así — interrumpió Carlos Lamont, otro cate-drático que también aspiraba a la vacante.

Las dos mujeres se echaron a reír, y Susana dijo:

—¡Qué fiesta más simpática!... ¿Verdad, Carlos?

—Mucho; pero yo disfrutaría mucho más si supiera en quién recaerá el rectorao.

—No debe usted preocuparse por eso. La plaza es de usted.

Carlos Lamont miró hacia donde estaban aún charlando Amelia y Gerardo Shaw, y exclamó en tono amargo:

—Yo no he explorado nada. Mis estudios no han sido objeto de publicidad, como los de otros.

—Está usted injusto con Gerardo Shaw. Además, en amores, no es su rival... ¿Supongo?

Carlos Lamont se echó a reír y miró a Susana con cierto desdén que no le pasó desapercibido a ella, y se separaron sin proferir otra palabra.

En la mesa donde Amelia tenía los

enseres para servir a sus invitados, se sentó ella por fin, y junto a ella, Shaw.

—¿Qué planes tienes para esta noche, Amelia?

—Pues como no te esperaba, tengo un compromiso.

—Supongo que durante el tiempo que he estado ausente, habrás tenido compromisos constantemente.

—¿Suponías, acaso, que me estaría siempre en casa, haciendo cal-ceta? Piensa que soy Bachiller y aun-que tú eres profesor, no me asus-tas...

Hablando así no se dieron cuenta de que se acercaba Carlos Lamont. Cuando ya estaba junto a ellos, dijo:

—Amelia, pasaré a recogerla esta noche, para ir al teatro.

Al oír esto, Shaw paró de sorber el té y dejó la taza encima de la mesa con un exceso de fuerza.

—Por favor, Gerardo, que mi abuelo no le perdonará si le rompe las tazas. Es una porcelana finísima —dijo Amelia, riendo.

El joven explorador no le hizo ningún caso, y levantándose precipitadamente, salió de la clase. Esta brusca salida pasó desapercibida porque en aquel mismo instante entró Cristóbal Cross, a quien todos corrieron a saludar. Indudablemente

la presencia de aquel joven fué bien recibida.

—¿No recuerda usted a Cristóbal?—preguntó Amelia a Lamont, el cual se había quedado allí, sorprendido ante la marcha de Shaw.

—No le recuerdo...

—Sí, fué él quien encontró a los que habían robado el niño de los Vandergriff.

Lamont le miró con curiosidad, de la misma manera que había estado mirando a Gerardo Shaw y a toda persona que le llamaba la atención.

Cristóbal Cross, cuya cara rebosaba simpatía, se acercó al doctor Reed, quien le recibió dando muestras de alegría.

—Es Cristóbal Cross—dijo el viejo profesor, presentando al joven—. Uno de mis mejores estudiantes.

—Mi mejor y más querido maestro—repuso Cross.

—¡Qué lástima que abandonaras el camino de la ciencia, estimado Cristóbal!—dijo el doctor—. Habrías llegado muy lejos. Tienes demasiado talento para dedicarte a perseguir criminales.

—Pero alguien debe dedicarse a ello—dijo Cross riendo—, de lo contrario nadie podría dormir tranquilo, incluso en las Universidades.

Todos se echaron a reír y Cross

se separó del grupo para saludar a Amelia:

—Muchacha, estás hermosa y ya sé que eres Bachiller. ¿Se le permite a un condiscípulo que bese a su compañera para felicitarla?

Amelia acercó la cabeza a Cross y éste la besó ligeramente en la mejilla.

—Confío que tus estudios no terminarán aquí, Amelia—dijo Cross.

—Podría dejarlos para seguir la carrera de detective, como tú.

—No lo hagas. Es preferible que te entregues a la ciencia, o a las exploraciones.

Esta alusión a Gerardo fué aplaudida con sonrisas por los demás, y entonces llegó al grupito el doctor Pablo Griswald, quien abrazó a Cross. Después de cruzadas las palabras de ritual, el doctor dijo en voz baja a Cross:

—Estoy nervioso. El doctor Reed nos ha dicho que tiene que nombrar a su sucesor, y es desagradable la duda en que nos tiene a todos. Vivimos unos días de rivalidad y sospechas.

Junto a ellos se encontraba Carlos Lamont, quien observó:

—Sería raro que el doctor Reed no viviera el tiempo suficiente para nombrar a su sustituto.

—O que su sustituto no viviera

B A J O E L M A N T O D E L A N O C H E

para llegar a ocupar su sitio—contestó Cross agriamente.

Esta contestación hizo alejar a Lamont, y entonces Griswald dijo:

—Estaba un poco raro Lamont, ¿verdad?

—A todos os encuentro raros...

—contestó Cross.

—Es que vivimos en un mundo muy raro—interpuso una voz muy dulce. Era Juana Griswald—. Quisiera ir a casa, Pablo; estoy cansada.

—Vamos, querida—contestó su marido.

—También en casa encuentro las cosas raras—dijo Juana, dirigiéndose a Cross—. Incluso mi laboratorio es raro.

—Trabaja usted demasiado, señora Griswald.

—No lo crea, Cross. Sólo ayudo un poco a mi marido.

Griswald observaba a su esposa mientras hablaba, pero se guardó muy bien de interrumpir.

—Los estudios de su marido son de gran altura, y si usted le ayuda a él, forzosamente debe fatigarse. Además, su salud no es como era...

—Los doctores dicen que tengo el corazón perdido.

—Estás muy aprensiva, Juana.

—Yo no creo estar muy mala. Ahora mismo me siento muy bien, pero hay veces en que realmente creo en el diagnóstico de los médicos.

—Es mejor que escuche usted a su marido que a los médicos.

—Procuro hacerlo—y al decir esto Juana miró a su marido y se reflejó en sus ojos la pasión que sentía por Pablo Griswald.

EL LABORATORIO DE LOS GRISWALD

EN casa de los Griswald había un laboratorio que era una verdadera maravilla. Allí trabajaba constantemente Juana, haciendo experimentos, recopilando datos, escribiendo apuntes, para que su esposo pudiera lucirse en la Universidad, y gracias al trabajo abnegado de Juana, él había adquirido una fama envidiable. Casi todos daban por seguro que el doctor Reed le nombraría rector, y él era el primero en creérselo. Claro está que, por otra parte, él era el único que sabía que sin su mujer su fama se derrumbaría como un castillo de naipes; pero era tanto su orgullo, que a veces se olvidaba de lo mucho que le debía, toda su carrera y reputación, y acababa por creer que realmente tenía el talento que la gente le atribuía.

Las investigaciones científicas de Juana eran constantes, y como sola no podía dar abasto, había buscado la cooperación del profesor Rodolfo Brehmer, hombre de mucha ciencia y estudio, pero que había tenido que abandonar la Universidad por ser un carácter neurasténico que no podía dedicarse a la enseñanza. El infeliz de Brehmer seguía las instrucciones que le daba Juana, y era un buen auxiliar, pero él no olvidaba nunca que había sido un catedrático, y aun cuando trabajaba bastante a gusto para la señora Griswald, siempre que tenía ocasión le recordaba que él hubiese sido un gran hombre si su salud no se lo hubiese privado.

Junto a la cámara de estudio de Juana, estaba la del doctor Griswald, y éste tenía por auxiliar a

una de sus discípulas, Celia Van Horne, una hermosa muchacha morena, inteligente y poco escrupulosa, que poco a poco había conquistado a su profesor y no ocultaba el desdén que sentía por la esposa de éste. En el estudio de Griswald poco se investiga. Celia y él pasan las horas hablando y sin preocuparse uno ni otro del pesar que causan a Juana.

Para fin de curso y antes del nombramiento de rector, habrá una reunión de catedráticos en la cual todos aportarán un trabajo, y los desvelos de Juana son para que su marido pueda desempeñar un buen papel. Casi durante todo el día y buena parte de la noche, se está en el laboratorio, estudiando, investigando, para que el doctor Griswald no caiga del pedestal en que ella, con su abnegado trabajo, le ha colocado.

El profesor Brehmer la asiste hoy, porque Juana quiere dejarlo todo terminado y además ella quiere reunir todo el estudio en un librito de notas en el cual ya tiene mucho apuntado.

—¿Le parece bien esta nota, señora Griswald?—pregunta Brehmer.

—Perfecta, señor Brehmer. Gracias.

—Ya lo creo. No todo el mundo tiene la suerte de tener a todo un

catedrático para ayudante — dijo Brehmer en su habitual tono amargo.

—Vamos, no empiece con eso. Ya sabe que yo estimo en mucho su ayuda—contestó la buena de Juana, sonriéndole amablemente.

La puerta del laboratorio se ha abierto cautelosamente y Juana no se ha dado cuenta de que Celia penetraba en la habitación hasta tenerla junto a ella.

—Señorita Van Horne, antes de entrar en mi laboratorio, le agradeceré que llame.

—Perdone. Me manda el doctor Griswald para pedirle las notas. Dice que tiene que pronunciar el discurso el viernes y ya estamos a martes.

—No venga a molestar, Celia — interrumpió Brehmer—. De lo contrario no tendrá él las notas.

Juana, sin parar atención en lo que había dicho Brehmer, se dirigió a la joven, cuya extraordinaria belleza tenía el mismo sello de crueldad que caracterizaba a Griswald, y le dijo:

—Tenga la bondad de decir al doctor que entre un momento cuando quede libre.

—Muy bien, se lo diré en seguida.

Celia salió de la habitación, y Brehmer la miró despreciativamente al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Habrás visto impertinencia!

¿Se ha fijado usted cómo me miraba?

—Hace usted mal en decir nada. Si la despreciara, como yo, tal vez le respetaría más.

—Celia es incapaz de respetar a nadie.

—Usted siempre se imagina cosas extrañas. La señorita Van Horne respeta y aprecia a quien le parece.

—Así, si yo me imagino estas cosas, quiere usted decir que no sé lo que me digo.

—Por favor, Brehmer, no se ponga así.

—También sería cuestión de imaginación el que yo tuviera que abandonar mi cátedra.

Era el caballo de batalla del pobre profesor fracasado. La más pequeña discusión le traía a la memoria sus desventuras y no había manera de hacerle trabajar de nuevo, hasta que se le pasaba el mal humor.

La entrada del doctor Griswald cortó de momento las réplicas del desdichado.

—Juana, ¿no podías confiar a Celia las notas que te he pedido?

—Brehmer, ¿quiere salir un momento?

—Sí, ya estoy acostumbrado a que me echen de todas partes.

Y murmurando en voz baja, salió del laboratorio.

—Este hombre está más impositivo cada día—dijo Griswald.

—Es un desgraciado con algo de manía persecutoria—dijo Juana—, y me da mucha lástima.

—Eres muy caritativa... ¿Se está quemando algo?

—Sí. He estado quemando algunos papeles viejos.

El doctor Griswald se acercó a la chimenea y recogió unos trozos de papel que aun no habían sido alcanzados por las llamas.

—¡Pero esto son los apuntes! —exclamó horrorizado.

—No temas, Pablo. Lo he recopilado todo en este librito—y al decir esto le mostró un diminuto cuaderno, como una agenda, con cubiertas negras.

—¡Es un libro muy pequeño para contener una teoría tan grandiosa! Juana, parece un sueño; ¡tú y yo, los dos solos, poseedores de este gran descubrimiento que ningún otro sabio ha sabido aún encontrar! ¿No te imaginas la cara que pondrán todos los catedráticos cuando yo, el próximo viernes, les exponga, paso a paso, punto por punto, que la velocidad de la luz varía? ¿Sabes lo que representa haber descubierto una cosa que ni el propio Einstein ha sabido descubrir? Este descubrimiento hará variar muchas leyes

científicas y esto gracias a mis descubrimientos...

—¿Tuyos?

—Nuestros, querida Juana.

—¿Nuestros? Hemos hechos muchas cosas los dos, sí.

Juana imprimía en sus palabras un sarcasmo que era nuevo para su marido.

—Juana, yo reconozco todo lo que has hecho para mí. Tu trabajo me ha colocado donde estoy, y confío que este descubrimiento tuyo también quedará entre nosotros, como otras cosas. A no ser que hayas cambiado.

—Pablo, yo no he cambiado.

—Si tú lo deseas, no tengo inconveniente en mencionarte en mi discurso...

—El discurso que ha de colocarte en el sitio del doctor Reed... Dudo que puedas pronunciar semejante discurso.

—¡Juana!

—Pablo, durante años y años he trabajado y he deseado que toda la gloria de mis estudios fuera para ti. En recompensa de esto yo no pedía más que tu cariño, y ¿cómo me has correspondido?

—¿Te refieres a Celia? No seas preocupada, es la mejor discípula que tengo, el orgullo de mi clase.

—Con este pretexto la trajiste a casa; pero yo ya he tomado mi deci-

sión. No pienso entregarte estas notas...

Griswald no esperaba esta actitud de Juana, y antes de que él pudiera decir nada, ella continuó:

—Yo me iré de esta casa y me llevaré estas para ti tan preciadas notas. Tú sigue tu camino, ya tienes a Celia Van Horne... para consolarte.

Sin esperar que Griswald replicara, su esposa llamó a Brehmer, quien entró en seguida, y le dijo:

—Brehmer, terminado el trabajo que tantos días nos ha tenido ocupados, pienso marchar fuera a descansar unos días. Usted cuidará de arreglar el laboratorio y mantenerlo en orden durante mi ausencia.

—¿Marcha usted pronto, señora Griswald?

—Esta misma noche, en cuanto termine la cera que hemos ofrecido a unos amigos.

—Espero que volverá usted pronto y podremos reanudar los estudios.

—Gracias, Brehmer, por su buen deseo, y yo confío en que cuando vuelva estará usted de mejor humor.

—No me haga caso. Tengo días muy malos, cuando pienso en lo que soy y en lo que pudiera haber sido.

—A todos nos pasa algo de esto, pero hay que resignarse.

El doctor Griswald, aun cuando parecía que estaba escuchando, en

realidad su imaginación sólo estaba ocupada en pensar cómo se apoderaría del librito de apuntes de su esposa, y sin proferir otra palabra, salió del laboratorio.

Los invitados no tardarían en llegar y era indispensable recibirles bien. Griswald hizo un esfuerzo para dominarse, y sentándose en un sillón de su despacho, procuró descansar un rato.

Una vez que Juana se hubo despedido del lunático, pero bueno de Brehmer, pasó a su habitación para cambiarse de traje. Junto a ella estaba su perro favorito, «Benny». También Juana estaba preocupada por la conversación que había sostenido con su marido, pues ella confiaba que antes de dejarla marchar de casa abandonaría a Celia. El mutismo de Pablo le hizo ver que la lucha sería más dura de lo que esperaba, pero ya había tomado su resolución: no le entregaría las notas y se iría.

Llamaron a la puerta de la habitación y la camarera le anunció que habían llegado las señoritas Amelia Reed y Susana Nash.

—Diles que vengan aquí. Estoy acabando de arreglarme.

Las dos recién llegadas entraron en el cuarto y saludaron cariñosamente a Juana. Ambas vestían ele-

gantísimos trajes de noche cubiertos con magníficos abrigos.

—¿Llega usted tarde a su propia comida?—preguntó Susana.

—Es posible que llegue tarde a mi entierro—contestó Juana.

Amelia se quitó el abrigo, y Juana, que la ayudó a ello, le dijo:

—¿Es nuevo? ¡Es hermoso! Igual que el mío. Ahora se lo enseñaré.

Juana abrió el armario y sacó un abrigo exacto al que llevaba Amelia.

—No podían ser más exactos. No sabía que se vistiera usted en casa de Rachel. ¡Qué buen gusto tiene esa mujer!

Juana recogió ambos abrigos y los depositó encima de su cama. «Benny», el perrito, empezó a ladrar y a mirar con aire suplicante a su ama.

—Sí, «Benny», sí, ahora jugaré un ratito contigo. Toma, a ver si coges la pelota—y Juana le tiró una pelotita de goma, que el perro cogió con la boca.

—Me parece que sería conveniente que bajáramos al comedor. Los caballeros deben estar esperando—dijo Juana, y seguida de sus dos amigas se dirigió al fumador, donde, efectivamente, ya estaban reunidos con el doctor Griswald, Lamont y Cristóbal Cross.

Un criado cuidaba de servirles el «cock-tail», y acercando la bandeja a Lamont, dijo:

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

—El vaso del extremo de la bandeja, para usted, señor.

Lamont cogió el vaso que le había indicado el criado, y Juana le preguntó:

—¿Le gusta la limonada?

—¡Qué remedio me queda! No puedo probar una gota de alcohol, tengo el estómago perdido.

Lamont se levantó después de beber su limonada y se dirigió al piano, donde Cross estaba tocando. Este paró, y Lamont le dijo:

—Continúe tocando, se lo suplico.

—Lo hago muy mal. No soy lo que era antes en el piano.

El tono patético con que Cross dijo esto, hizo reír a todos, menos a Juana, que estaba observando a su marido.

Susana se acercó a Juana y le dijo en voz baja:

—Juana, ¿podría dejarme su polvera?

Instintivamente, Juana abrió su bolso y entregó una diminuta polvera a su amiga, y al sacar ésta se cayó el librito de notas, que presurosamente recogió y volvió a meter en el bolso. Griswald se había dado cuenta de lo ocurrido, y para disimular su nerviosidad encendió un cigarrillo. Cross notó que la mano que aguantaba la cerilla temblaba extraordinariamente.

—Pero, ¿qué le ocurre a usted?

—Estoy preocupado por Janet. No es la que era antes.

En este momento entró Gerardo Shaw cargado con unos paquetes que depositó encima de la mesa.

—Un saludo para todos a la vez, y aquí les traigo el tesoro que he descubierto en el Yucatán, para que juzguen ustedes de mis trabajos.

Mientras Shaw estaba desenvolviendo sus paquetes, el criado apareció con una nueva bandeja de «cock-tails». Juana cogió uno. Susana, que lo vió, la reprendió, diciéndole:

—Juana, es su tercer «cock-tail». Ya sabe que su corazón no puede resistir esto.

—¡El corazón puede resistir muchísimo, querida Susana!

Shaw había reunido a todos alrededor de la mesa y exclamaba entusiasmado:

—Tengo muchas cosas más en casa; esto no es más que una muestra—y al decir esto cogió una máscara mayana, se la puso, y dando vuelta rápidamente fué hacia donde estaban Susana y Juana hablando.

Esta, que estaba completamente ajena a lo que hacían allí los hombres, se llevó tal susto ante la horrible careta, que casi se desmayó. Amelia se indignó, y dijo:

—Gerardo, qué poca cabeza tienes. ¿No sabes lo delicada que está Juana?

—Una broma de chiquillo—dijo Lamont—. La gente joven es así.

—No saben ustedes cuánto lo siento. Me daría de cabeza contra la pared.

—No hay para tanto—dijo Juana, ya repuesta—. No ha habido mala intención, y la culpa es mía, por estar tan nerviosa.

Se oyó el timbre de la calle y el criado abrió la puerta a Celia Van Horne. Griswald la vio desde donde estaba y salió presuroso a recibirla.

—¡Cuánto has tardado!... ¡Creí que no llegarías nunca! ¡Ahora que ya estás aquí, me siento feliz!

Y al mismo tiempo que la ayudaba a quitarse el abrigo, la abrazaba disimuladamente.

Nada de esto había pasado desapercibido a Juana, quien, levantándose de donde estaba, salió al vestíbulo, y al cruzarse con su marido y Celia, dijo:

—Me disculparé, señorita Van Horne, que no la acompañe. El doctor Griswald la conducirá adonde están los demás invitados.

Juana llegó a su habitación completamente descompuesta.

—«Benny»—dijo a su perrito—, es demasiado para mí. Creí que tendría valor para aguantarlo, pero no puedo.

DONDE EMPIEZA LA TRAGEDIA

JUANA había olvidado por completo que tenía invitados que la esperaban y que su deber era atenderles. Sólo un pensamiento ocupaba su imaginación. Griswald, su adorado Pablo, no la quería. Aquella alumna favorita le había robado el amor de su marido y ella no podía quedarse allí para ver cómo día tras día aquella otra mujer ocupaba más y más la atención del hombre que era suyo ante Dios y ante la Ley.

Maquinalmente empezó a arreglar una maleta y «Benny» se puso a lladar.

—¿Por qué lladras, tontín? Tú vienes conmigo. Tú me eres fiel.

Griswald entró en la habitación.

—¡Juana!—gritó—. ¿Qué representa esto?

—Me voy de esta casa. Debes elegir entre Celia y yo. Decídetelo pronto.

—¡Tú intentas arruinarme, Juana! ¡Tú no puedes hacer esto!

—Por favor, nada de escenas. Ya he soportado bastante durante el día de hoy. Mi corazón no puede más...

«Benny» correteaba por el suelo persiguiendo la pelotita de goma. Griswald le miró fijamente. Con paso tranquilo se acercó a la ventana y la abrió.

—¿Por qué abres, Pablo? La noche está muy fría—dijo Juana.

—Juana, por última vez te lo suplico. No te vayas.

—¿Te desprenderás de Celia?

—¡No!—gritó Pablo, y cogiendo a «Benny» del suelo, lo arrojó por

la ventana y detrás de él la pelotita de goma.

Juana, a quien la rapidez de su marido la privó de evitar lo ocurrido, sólo pudo proferir una exclamación y cayó desmayada sobre una butaca.

El grito de la desdichada Juana atrajo a todos los invitados a su habitación en el piso superior, y ante la consternación de todos se vió que el desmayo de la señora Griswald había sido mortal. Sin duda su delicado corazón no había podido soportar la terrible impresión de ver arrojar a su querido perrito por la ventana.

Todos miraban a la pobre mujer, joven aún y hermosa, que pocos minutos antes estaba allí, entre ellos, llena de vida. La consternación fué enorme y nadie encontraba palabras con que consolar al que suponían apenado esposo.

Una hora más tarde estaban aún todos los invitados reunidos en el salón, y Griswald estaba realmente descompuesto, si bien no era precisamente por la muerte de su esposa su marcada nerviosidad.

—Parece que aun la veo jugando con «Benny»—dijo Pablo—. Ella le tiraba la pelotita y el perro corría para cogerla. Entonces la pelota saltó por la ventana y él, ciego para alcanzarla, se tiró tras de ella.

—Es verdad — dijo Amelia—.

Cuando nosotras hemos llegado, estaba haciendo lo mismo.

—Y Juana quería a «Benny» como a una criatura. Era su única distracción.

—Qué raro que el balcón estuviese abierto, en una noche semejante—dijo Cross, su instinto de detective alerta.

—Ella me pidió que lo abriera—dijo Griswald—. Sentía la atmósfera cargada, dijo.

Gerardo y Lamont se acercaron a Griswald y el primero le preguntó:

—¿Podemos hacer algo por usted?

—No, muchas gracias, me retiraré—y diciendo esto el famoso doctor Griswald salió de la habitación.

Amelia, a quien la muerte de Juana había producido una fuerte emoción, rompió a llorar en cuanto Griswald se retiró, y exclamaba:

—¡Me parece imposible! ¡Una cosa tan repentina, parece imposible!

—Juana tenía el corazón echado a perder—dijo Susana—. Yo le llamé la atención cuando bebió un tercer «cock-tail», y el disgusto de ver saltar a su querido «Benny» por la ventana fué la gota de agua que le faltaba...

—Y se olvida usted del susto que le dió Shaw con la famosa máscara,

que por cierto no es auténtica—dijo Lamont.

—¿Qué dice usted? — preguntó Shaw frunciendo el ceño.

—Que la máscara no es auténtica.

—Lamento muchísimo el incidente de la máscara, pero no admito la suposición de usted, Lamont, de haber traído objetos falsificados de mi exploración.

—Lamont habla en broma—interrumpió Susana.

—¿Fué una broma, Lamont?

—No fué ninguna broma. Insisto en que la máscara no es auténtica.

—En esta casa y en estos momentos no es aconsejable discutir esto—dijo Shaw fuera de sí—, pero deseo discutirlo en otra parte y cuanto más pronto mejor.

—¿La acompaño a usted a casa, Amelia?—preguntó Lamont.

La joven hizo como si no lo oyera y siguió a Shaw, que también se dirigía a la puerta con los paquetes que había traído enhoramala.

Una vez en la calle, donde esperaba el coche del explorador, éste puso sus tesoros dentro y Amelia se sentó al lado del volante.

—Por poco te olvidas de mí, y habías prometido enseñarme las monedas que has traído.

Gerardo sonrió, y pisando el acelerador puso el coche en marcha en

dirección a su casa. Pararon delante de una casa de buen aspecto y Gerardo dijo:

—Ya hemos llegado a la casa solariega de los Shaw.

E invitando a Amelia a que se apease, entraron.

Mientras tanto, en casa de Griswald, habían quedado Susana, Cross y Lamont. El viejo Brehmer apareció llevando un envoltorio y murmurando palabras extrañas.

—Tengo que cavar una fosa—decía.

Susana le llamó, pero él no le hizo caso; continuó con sus meditaciones en voz alta:

—¡Pobre perrito! ¡Tanto como le quería! Yo le vi caer por la ventana.

Como en la casa de Griswald no faltaban criados y ya no se podía hacer nada por la pobre Juana, los amigos se retiraron cada uno por su lado, y finalmente reinó el silencio. Solamente Celia se había quedado, con el pretexto de velar a la muerta.

Cuando Griswald tuvo la certeza de que todos se habían marchado, se dirigió al cuarto que había sido de su esposa, seguido de Celia, y empezó a remover los cajones de su tocador.

—El dichoso librito de apuntes no está aquí—decía Griswald cada vez más nervioso.

—Pues debe estar en esta habitación—repuso Celia.

El abrigo de Juana había quedado sobre la cama, en el mismo sitio donde lo dejara al mostrarlo a Amelia, y Celia lo cogió, hurgando en todos los bolsillos para ver si lo encontraba.

—Aquí tampoco hay nada—dijo la joven—. Pero, ¿tanta importancia tienen esas notas?

—Ya lo creo... mi carrera... mi fama...

—Las puedes recopilar de nuevo. ¿No las has hecho una vez ya?

—No, Celia, no las hice yo. Ella lo hacía todo.

La joven estudiante quedó atónita ante esta confesión de su ídolo, pues a pesar de su perversidad, Celia era una mujer que adoraba la ciencia y en Griswald tal vez admiraba más al científico que al hombre.

No le pasó desapercibida la sorpresa de la mujer que adoraba, y temiendo que el desengaño fuera demasiado para ella, le preguntó ansiosamente:

—¿Alterará este hecho tu afecto hacia mí?

Griswald corrió a abrazar a Celia, y ésta, repuesta de la sorpresa, dijo:

—Hay que encontrar el librito, cueste lo que cueste.

—Así me gusta. Ya sabía yo que

eras una mujer comprensiva. Yo vi el librito por última vez cuando lo metió en el bolso, de donde había caído al sacar la polverita para dársela a Susana. Forzosamente lo entregaría a alguien.

—Tal vez a aquel joven que estudia de detective...

Un escalofrío hizo temblar a Griswald al oír la palabra detective.

—¿Quieres decir a Cross? No lo creo. ¿Con qué objeto?

—Seguramente lo tiene el profesor Brehmer—insistió Celia.

—No, no se lo confiaría al pobre viejo chiflado. Más bien a Gerardo Shaw, o a Lamont, o a Susana; la pobre estaba furiosa contra mí, desde que se dió cuenta que nos amábamos...

—Ya sé. A la nieta de Reed. Eran muy amigas.

—No, no; andas equivocada. El librito sólo lo pueden tener Gerardo Shaw, Carlos Lamont o Susana Nash, los tres que podrían ocupar el sitio de Reed. Juana estaba dispuesta a arruinar mi carrera, si no te abandonaba. Sus últimas palabras fueron para pedirme esto, y como yo no cedí...

—¿Quién sabe si te lo devolverán?

—No pienso pedirselo —dijo el doctor Griswald con aire amenazador—, pero yo recuperaré el libro.

Precipitadamente abrazó a Celia, salió de aquella habitación y al llegar al vestíbulo pidió el abrigo al criado.

—No puedo permanecer tranquilo en esta casa después de lo ocurrido. Salgo un momento para tomar el aire. La señorita Van Horne atenderá lo que sea necesario mientras yo no regrese.

A pesar de los acontecimientos trágicos que habían presenciado los invitados de Griswald, que les daba la impresión de que habían transcurrido días desde que se habían reunido para cenar, apenas eran las once de la noche cuando Griswald traspuso el umbral de la puerta de su casa.

Carlos Lamont se había retirado a la suya, pero la discusión sostenida con Shaw le tenía nervioso y se decidió a ir a casa de éste para reanudar la pelea que se había interrumpido en la de Griswald. Ya tenía el abrigo puesto para salir nuevamente, cuando la puerta se abrió y entró Susana Nash.

—¡Por Dios, Susana! En una noche semejante, ¿cómo te has atrevido?

Susana y Carlos Lamont, sin que nadie estuviera enterado de ello, eran amantes. Por esto la recibió en esta forma, sin poder ocultar la con-

trariedad que le producía verla llegar.

—¿Te imaginas que podía quedarme en casa? Mi madre hace rato que está durmiendo. Después de todo lo ocurrido...

—Tampoco podrás quedarte aquí, porque yo salgo.

—Me imaginé que podríamos tomar una taza de café juntos...

—No estoy para cafés. Me voy a ver a Gerardo para quitarle un poco las pretensiones que ha traído del Yucatán. Tengo datos para demostrarle que aquella máscara no es auténtica.

Al decir esto, Lamont mostró a Susana unas fotografías y un escrito referentes a las máscaras mayanas.

—Tal vez esto es cuestión de opinión.

—No lo creas. En las cosas de la ciencia no basta la opinión; hay que apoyarla sobre hechos.

—Muy bien, amigo mío, tal vez será mejor que te quites este peso de encima. ¿Tardarás?

—Sí.

—No importa. Te esperaré.

—Haz lo que quieras.

Y sin proferir otra palabra, abandonó la casa.

Susana se sentó en el diván, dispuesta a esperar a que Lamont regresara. Poco sospechaba la infeliz

profesora en la forma que regresaría su amante a casa.

Amelia y Gerardo tuvieron que servirse de una lámpara eléctrica de mano para introducirse en las habitaciones de la casa del segundo, pues como él había estado ausente durante más de seis meses, no había mandado abrir todavía la corriente eléctrica ni el gas.

Encima del timbre de la puerta había un letrero en el que Amelia se fijó, el cual decía:

«El timbre no funciona»

—¿A qué viene esto?—preguntó ella.

—Pues como no hay corriente, el timbre no llama.

—¿Y para ver las momias a oscuras me has hecho venir? Tienes cada idea...

—Colosal, ¿verdad?

—¡Imponente!

Mitad a tientas y mitad ayudados por la lámpara de mano, llegaron a la biblioteca de Gerardo, donde se encontraban la mayor parte de los objetos que había traído del Yucatán.

—Debes hacerte cargo, Amelia, que acabo de llegar y que todo está en desorden.

—Lo comprendo perfectamente y lo encuentro de lo más romántico.

—¡Amelia! Eres encantadora. Te casarás conmigo, ¿verdad?

—¡Cuidado! No vayan a ponerse celosas las momias.

A pesar de que Amelia pretendía estar de muy buen humor, aquella habitación casi a oscuras, aquellas máscaras, que no podían menos que recordarle a la desdichada Juana, le hacían la estancia allí harto desagradable. Gerardo, absorto en sus reliquias arqueológicas, no se daba cuenta del malestar de la joven.

—Si supieras el trabajo que tuve para poderme hacer con todas estas cosas Los sudores que me cuestan...

—Si supieras tú el frío que yo estoy pasando por haber venido a contemplar tu tesoro...

Al decir esto, Gerardo se dio cuenta de que Amelia se debía sentir incómoda en aquella desarreglada habitación. Corrió a su lado y la abrazó.

—Mi querida Amelia... Cuánto tiempo he esperado para poder abrazarte...

—¿Tú has esperado? ¿Y yo? ¿Me echabas de menos?

—¿No lo presentías, que no podía vivir sin ti?

—A veces sentía un malestar, pero creía que se trataría de dolor de estómago.

—¡Oh! Si lo que sentías era cuestión del estómago, sería que se te habría indigestado Carlos Lamont.

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

—Por favor, Gerardo, no quiero que tengas celos.

—Pues haz que cesen las atenciones de Lamont para contigo.

—Ya han cesado. Mejor dicho, nunca han existido.

—¿Te ha besado alguna vez?

—Me ofendes... Escucha, Gerardo: exijo que me tengas confianza. No admito que dudes de mi palabra.

—Ni yo admito que otro te haga el amor.

Amelia hizo un gesto rápido ha-

cia la puerta, pero Gerardo la detuvo.

—Perdóname... No quise ofenderte.

—Voy a curarte ahora mismo de tus estúpidos celos.

—Te prometo que ya he curado.

—Te lo imaginas; sólo estás convaleciente.

Amelia salió de la casa, y Gerardo la siguió para acompañarla hasta su domicilio.

EN BUSCA DEL LIBRITO DE NOTAS

MEDIA hora después de haber salido Gerardo de su casa, se había dirigido allí el doctor Griswald en su desesperada busca del famoso libro de apuntes de su esposa.

En su rápida salida para seguir a Amelia, Gerardo había dejado abierta la puerta de su casa, por lo que el doctor Griswald no tuvo ninguna dificultad para entrar, y en precaución de que no tuviera que hacer ruido al salir, tampoco la cerró.

Atareado en buscar por los cajones de la mesa de Gerardo, llevando todavía puesto el gabán, sombrero y guantes, no se dió cuenta de que había entrado alguien en la habitación, pero unos pasos cercanos le hicieron volver la cabeza y se encontró cara a cara con Carlos Lamont.

—¡Esto sí que es una sorpresa! —exclamó Lamont—. ¿Dónde está Gerardo?

—Ha salido hace poco... Le ha sorprendido encontrarme aquí, ¿no?

—Ciertamente.

—Gerardo me había pedido que le ayudara en sus trabajos y no me ha venido mal salir de casa, después de lo ocurrido. No podía descansar, tampoco.

—Por mí, ya puede usted continuar. Supongo que no le molesto...

—¡Oh, no! Nada de esto.

Lamont empezó a pasear arriba y abajo de la mal alumbrada biblioteca, donde solamente ardían un par de velas que Gerardo había dejado allí encendidas al salir detrás de Amelia.

—Parece que está usted muy ab-

sorto en las cosas de Gerardo—observó Lamont.

—Le diré...

—No dejan de ser interesantes las cosas que ha traído.

—A mí me encantan, y cuando Gerardo me ha pedido que le ayudara a comprobar ciertas notas...

—Es poco hospitalario, de todas maneras.

—¿Por qué?

—Pues le podía haber dicho que se quitara el abrigo y los guantes, por no hablar del sombrero.

—¡Oh! Esto tiene poca importancia.

Griswald no pudo ocultar su turbación.

—He de serle franco, doctor Griswald: cuando entré en esta habitación creí que era usted un ladrón... Al ver a usted consideré la suposición perfectamente absurda. Un ladrón no podría nunca aspirar a ser el rector de nuestra Universidad.

La nerviosidad del doctor aumentaba por instantes y no encontraba palabras para cortar aquella verbosidad de su contrincante.

—¿Supongo que usted estará recopilando datos para su discurso del viernes?

—No. Ya lo tengo todo terminado.

Lamont cogió de encima de la mesa una porra usada por los maya-

nes como arma de guerra, que terminaba con tres afilados picos.

—Qué arma más curiosa —dijo Lamont.

—Son las armas de los guerreros del Yucatán, supongo...

—Shaw tarda mucho en volver. ¿Ha dicho dónde iba?

—Al correo, a echar unas cartas.

—Tal vez ha ido a dejarlas a su destino, por el tiempo que emplea en ello. Me gustaría ver la cara que pone cuando nos encuentre aquí.

—Shaw sabe que yo estoy aquí —dijo Griswald, mintiendo como un villano—. Lo peor es que se mojará.

Sorprendido ante esto, Lamont miró a Griswald.

—Está lloviendo —dijo este último.

Para cerciorarse de lo que decía el profesor, Lamont volvió la cabeza, mirando hacia el balcón.

Con rapidez asombrosa, Griswald cogió la porra guerrera que habían estado mirando ambos hacía un instante, y con gran fuerza la descargó sobre la cabeza del otro profesor.

Amelia no había querido entrar en el coche de Gerardo, que aun estaba estacionado delante de la puerta de su casa, y continuó andando calle abajo hasta llegar a una estación del ferrocarril subterráneo que podía conducirla a su casa. El la seguía y le hablaba para ver si conseguía ha-

cerla sonreír, pero ella no le hacía ningún caso.

Al llegar a la taquilla, Amelia se dió cuenta de que no llevaba dinero, y esto ofreció a Shaw una oportunidad, para decirle:

—Ya sabía yo que me necesitarías. Espero que te habrás dado cuenta de que necesitas un hombre fuerte a tu lado, para protegerte.

No estaba para bromitas Amelia; se había propuesto dar una lección a su novio y se la daría. Acercándose a un guardia, le dijo:

—Guardia, ¿quiere hacer el favor de decir a este caballero que no siga molestándome?

Gerardo intentó protestar, pero el guardia le aconsejó que se marchara, a no ser que quisiera pagar una multa. El joven se retiró pensando que al día siguiente Amelia se las pagaría todas juntas.

Susana Nash, cansada de esperar el regreso de Lamont, había entrado en la cocina para preparar una taza de té para cuando él volviera, pues ahora ya no podía tardar mucho más. Un ruido penetrante hizo pensar a Susana que subía el ascensor montacargas, cuya puerta daba a la cocina, y, efectivamente, a los pocos segundos se abrió la puerta y arrojaron un gran bulto que, examinado de cerca, era un cuerpo humano cubierta la cara con una máscara ma-

yana. Temblando de miedo, Susana se acercó a examinar aquella aparición, y fuera la máscara, apareció el semblante yerto de su amante, Carlos Lamont.

Horrorizada, salió de allí sin atreverse tan sólo a volver la cabeza ni apagar las luces. Llegó a su casa, y temiendo volverse loca si no podía confiar a alguien lo que había ocurrido, despertó a su madre y entre sollozos y palabras de arrepentimiento, le confesó sus amores con Lamont y lo que acababa de ocurrir.

Un gesto de repugnancia hacia aquella hija que creía perfecta, fué inevitable, y vino el reproche:

—¿Y durante todo este tiempo me has tenido engañada?

—¡Oh, madre! ¿Qué haré?

El corazón de madre pudo más que los razonamientos, y abrazándola tiernamente, le dijo:

—No puedes hacer nada más que esperar. Los acontecimientos dirán lo que has de hacer. ¡Júrame que tú no le has matado!

—¿Yo matarle? ¡Con lo que le quería! Pero debo avisar a la policía, porque lo han asesinado.

—La policía ya lo descubrirá. No te metas tú con la policía, bastante que vendrán a molestarte.

—¿Qué me importan a mí las molestias?

—A mí sí que me importan, hija

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

mía. Soy vieja ya. Tú no sabes los sacrificios que he hecho para que tú pudieras seguir una carrera... No digas nada y si no se averigua que tú estabas allí en aquel momento, nadie te dirá nada.

—Nadie me dirá nada..., pero hay alguien... ahora mismo, que está andando por las calles, bajo la lluvia, alguien que ha asesinado a Carlos Lamont... alguien que sabe... alguien que puede haberme visto cuando ha dejado allí el cuerpo de... mi Carlos.

Susana hablaba en voz baja y miraba fijamente, abstraída. Su anciana madre la miraba, los ojos llenos de lágrimas.

El doctor Griswald no había regresado a su casa. Esta noche era fatal para él. Iba de crimen en crimen y el objeto de su busca no aparecía por ninguna parte. Había salido del piso de Gerardo llevando él mismo el cadáver de Carlos Lamont hasta el piso de éste, utilizando el montacargas para desembarazarse de él y confiando en que nadie se daría cuenta de ello, porque sabía que vivía solo. La presencia de Susana allí, a quien él vió sin que ella le viera, había desconcertado sus planes y le hacía ver un peligro inminente. Sin ninguna clase de duda, aquella mujer habría llamado a la

policía al encontrarse con el cadáver de Lamont.

Una nueva idea cruzó la mente de Griswald. ¿Qué hacía Susana allí, tan tarde de la noche y en ausencia de Lamont? ¿Tendría ella alguna intención especial, relacionada con la elección de cargos y quería consultar al profesor? La verdad se le apareció repentinamente. Susana era la amante de Lamont y ella sería la primera interesada en callar. ¿Pero podía confiarse en la discreción de una mujer ante la pérdida definitiva de un ser querido? ¿Sentiría la sed de venganza?

Griswald se dirigió al Alumni Club y desde allí telefoneó a su casa.

—Celia, habla Pablo. Te ruego que olvides lo que he dicho antes de salir y escucha bien...

—Di, qué...

—Lamont está en su casa. Le han conducido allí.

—¿Has ido tú allí?

—No. No me ha sido posible entrar en el piso. Tenía visita. Susana Nash estaba allí...

—¿Qué piensas hacer, pues?

—Estoy convencido de que el librito está en casa de Lamont... pero me será difícil ahora ir allí. Todavía no sé lo que haré...

—Piénsalo bien, no cometas ninguna imprudencia.

En favor de Celia Van Horne, he-

mos de decir que ella ignoraba la verdadera causa de la muerte de Juana y mucha más lo ocurrido últimamente a Lamont.

—Yo me arreglaré, no te apures, y no dejes mi casa hasta que yo regrese.

Salió el doctor Griswald de la cabina telefónica del Alumni Club, en el que acostumbraban a reunirse todos los elementos universitarios, y con gran contrariedad se dió cuenta de que allí estaba Cristóbal Cross saboreando un coñac con cara no muy satisfecha.

—Mire usted — decía Cross al camarero —; llamar Napoleón a un coñac, es un disparate. El gran guerrero nunca bebió coñac. ¿Usted conoce la pose favorita de Napoleón, verdad?

El aficionado a detective puso la mano derecha dentro de la chaqueta y la izquierda a la espalda.

—Sí, señor. ¿Quién no reconoce a Napoleón, viéndole a usted así?...

—Yo creo que Napoleón sufriría del estómago. Por esto se ponía aquí la mano, y este dolor de estómago le vendría de beber una pócima como la que acaba de servirme.

El camarero rió la gracia del cliente discretamente.

—Yo estoy seguro — continuó Cross — que me será imposible encontrar coñac decente en este pue-

blo. Los americanos no saben beber.

Aunque a cierta distancia, Griswald había oído perfectamente toda la conversación y le sugirió una idea maquiavélica. Para dar con el libro de notas, que debía salvar su reputación de gran hombre de ciencia, había que intentarlo todo, y lo intentaría. Con paso sosegado se acercó a Cross, el cual quedó más que sorprendido al verle allí. Se saludaron cordialmente, y el doctor dijo:

—No podía estar en casa y he estado andando por esas calles, hasta que la lluvia me ha obligado a entrar aquí.

—Tome una copita de coñac, a pesar de que es pésimo...

—Sólo hay un hombre que tiene buen coñac en esta ciudad...

—Se refiere a usted, ¿no?

—No, ya no. Carlos Lamont es el que tiene mejores bebidas. Tiene un «Grande Fine Cognac» mil ochocientos no sé qué, que es delicioso.

—Será 1858...

—No, me parece que no es 1858, o tal vez tenga usted razón. Recuerdo que un día nos explicó que era del mismo año en que tendieron el primer cable trasatlántico.

—¿Es posible? ¡Tiene que ser un encanto! Vale la pena de cultivar su amistad.

—¿Por qué no nos llegamos hasta su casa? Esto es, si tiene usted in-

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

terés en beber algo bueno de verdad...

—Por mí, sí, pero, ¿usted, qué?

—Francamente, en casa no puedo parar esta noche...

—Me hago cargo — dijo Cross, sonriendo benévolamente al que suponía un desconsolado viudo.

Ambos hombres salieron del club y se dirigieron al piso de Lamont, situado a poca distancia.

El portero negro estaba aún en funciones y les dijo que el señor Lamont no había llegado todavía.

—Somos amigos suyos, y además yo soy detective—y Cross enseñó su carnet al portero.

Este no se hizo rogar, les acompañó en el ascensor y abrió la puerta del piso.

En una silla del despacho había un sombrero y un abrigo pertenecientes a Lamont, y Griswald tuvo el desacierto de hacerlo notar a Cross con estas palabras:

—Debe de estar en casa, porque aquí están su sombrero y abrigo.

—Es verdad—y Cross empezó a llamarle y a recorrer todas las habitaciones.

Como que Griswald ignoraba lo que había hecho Susana al encontrarse con el cadáver de Lamont, no tenía idea de si aun estaría en la cocina, donde él lo había tirado, y temía que Cross entrara allí. Efectiva-

mente, Cross penetró en la cocina, después de haber recorrido todo el piso, y allí le encontró muerto.

Su instinto de detective le hizo arrodillarse inmediatamente para examinarle.

—¡Qué horror! — exclamó Griswald—. ¿Llamo a un médico?

—No. Llame a la policía.

Con mucha serenidad, Griswald fué al teléfono y marcó el número de la policía.

—¿Quiere usted hablar?

—Sí—dijo Cross.

Cuatro palabras bastaron a Cross para enterar al jefe de policía que estaba de guardia, Pitchard, para ponerle al corriente de lo que había encontrado.

—Voy inmediatamente. No toquen nada.

—No, no hemos tocado nada absolutamente. Le espero en seguida.

Mientras Cross estaba hablando por teléfono, Griswald había aprovechado para mirar en los cajones de la mesa de trabajo de Lamont si encontraba ya el trágico librito que parecía esconderse más y más para que el pérfido profesor prosiguiera su cadena de abominables crímenes.

Llegó el jefe de policía, varios números y el sargento Ambrosio, hombre de gran experiencia y que había tenido bastantes éxitos en su carrera policíaca.

Una hora más tarde, y después de haber examinado toda la casa sin encontrar ningún dato que pudiera dar luz a la tragedia y cómo ésta había ocurrido, en la cocina de casa de Lamont se hallaban reunidos Busby, el juez, el sargento Ambrosio, un detective oficial, Pritchard, Cross y Griswald.

—Este hombre hace cosa de una hora que ha muerto—dijo Busby—. Y no ha sido apuñalado. Estas heridas no son de puñal.

—¿Cree usted que estas heridas han sido producidas con otra arma? —preguntó el sargento Ambrosio.

—Estoy seguro de ello, pero no puedo decir qué clase de arma. Se trata de seis heridas equidistantes. Algo averiguaremos. Yo ahora me retiro, señores. Es el cuarto asesinato que he tenido, que ha ocurrido hoy, y tengo más que suficiente. ¡Buenas noches a todos, señores!

El juez Busby se retiró de la casa y Cross se puso de nuevo a examinar el cadáver, antes de que vinieran a levantarlo.

—Parece como si le hubiesen herido dos veces—dijo Cross—. ¡Qué arma más rara debe ser!

—Tal vez con un «tomahawk», el hacha que usan los indios para guerrear—insinuó Griswald, siempre dispuesto a dirigir las cosas hacia donde le interesaban a él.

—¿Usted cree que... algún indio?...—preguntó el sargento Ambrosio—. No, no, yo descubriré algo sin necesidad de complicar indios en este asunto. Yo veo la cosa así: Lamont llega a su casa y oye ruido en la cocina. Es evidente que el asesino entró por la puerta del montacargas. El asesino estaba al acecho. Entra Lamont en la cocina, y ¡zas, zas!...

—¡Sargento Ambrosio, es usted un hombre admirable! Ha reconstituido la escena maravillosamente. Ahora, ¿dónde está el criminal?... —dijo Cross, riéndose de la reconstrucción del crimen que había hecho Ambrosio.

—Nada de esto, nada de esto... —dijo Pritchard.

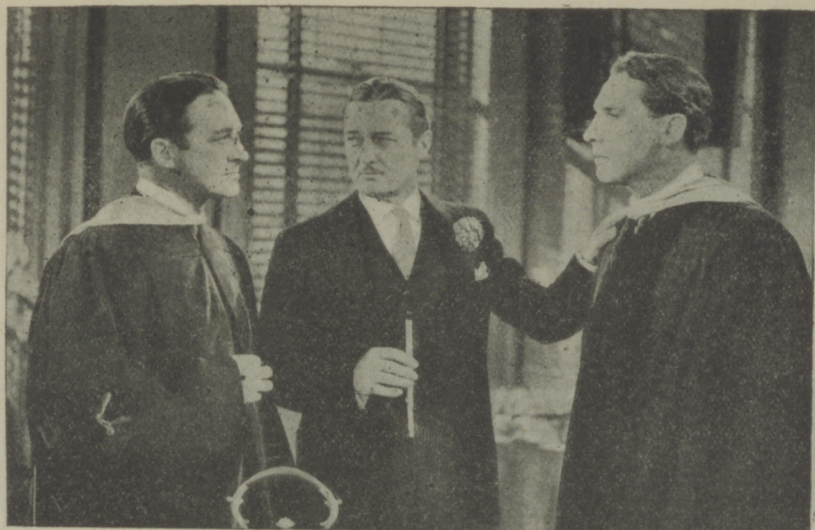
—Pritchard — dijo Cross—, haga usted el favor de venir y examine estos pantalones de la víctima. ¿No ve usted la huella dejada por una cuerda?

—Sí, sí...

—Lamont no vino andando a su casa; le trajeron y tenía las piernas atadas — continuó Cross, siguiendo una pista que se le había ocurrido.

—Así, ¿usted supone que le trajeron, una vez muerto?—interrogó Griswald, hablando por primera vez desde que había entrado la policía.

—Tiene el calzado seco, y hace mucho rato que está lloviendo.



—Sería raro que el doctor Reed no viviera el tiempo suficiente para nombrar a su sustituto —dijo Lamont.

—¿Una taza de té, doctor Griswald?

—Sí, Amelia, con mucho azúcar.



—¿Le parece bien esta
nota, señora Griswald?

—Perfecta, señor Breh-
mer, gracias.



—¡Qué lástima que aban-
donaras el camino de la
ciencia, estimado Cristó-
bal!—dijo el doctor.

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE



Le cayó el librito de notas, que presurosamente recogió y volvió a meter en el bolso.

Las investigaciones científicas de Juana eran constantes, y como sola no podía dar abasto, había buscado la cooperación del profesor Brehmer.



Estaba completamente ajena a lo que hacían allí los dos hombres; se llevó tal susto ante la horrible careta, que casi se desmayó.



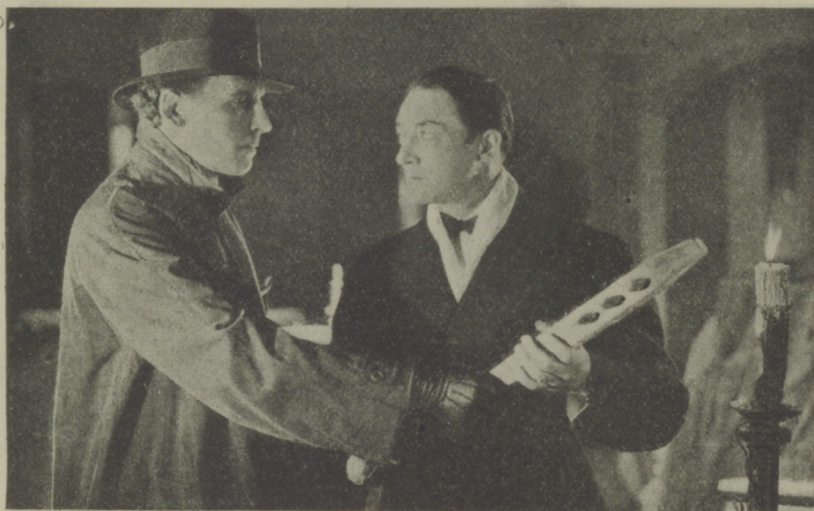
—No venga a molestar, Celia — interrumpió Brehmer.

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE



El viejo Brehmer apareció, llevando un envoltorio y murmurando palabras extrañas.

—Continúe tocando, se lo suplico.



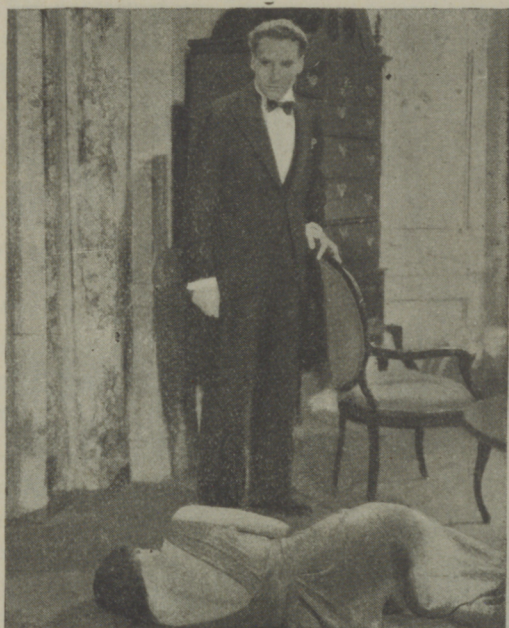
—Qué arma más curiosa
—dijo Lamont.

—Son las armas de los
guerreros del Yucatán.



—No soy lo que era an-
tes en el piano.

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE



—¡Me da usted miedo!—
gritó la pobre muchacha, e
intentó levantarse.

Juana, a quien la rapidez
de su marido le privó de
evitar lo ocurrido, sólo pu-
do proferir una exclama-
ción y cayó desmayada.



Desmayada de nuevo,
Griswald iba a cogerla
cuando sonó el timbre de
la calle.



—Ya sabía yo que me
necesitarías.

—Tal vez tomó un taxi—dijo Ambrosio.

—Y de la casa al taxi, fué volando—dijo secamente Cross—. Además, aquí está el sombrero con estas manchas de sangre por la parte interior.

—¡Claro, llevaba el sombrero cuando le mataron!—dijo Ambrosio.

—¡Por Dios, Ambrósio, esta noche no acierta usted una! Si le mataron con el sombrero puesto, ¿cómo es que éste no tiene ningún corte y en cambio tiene manchas de sangre por dentro?

—No atino cómo puede ser esto.

—Pues muy sencillo. El sombrero le fué puesto después de muerto, sujetaron sus piernas con una soga y le trajeron aquí.

—Sí, por las calles de la ciudad, con un cadáver a cuestas.

—No sea testarudo, Ambrosio. Hay taxis, hay coches particulares, hay ascensores. Por cierto, examinemos el montacargas. Hágalo subir.

Abrieron la puerta que daba entrada al montacargas y con general sorpresa vieron que éste estaba parado allí.

—Vean ustedes — dijo Cross — cómo las cosas se van aclarando. El que trajo a Lamont muerto subió en el montacargas, lo tiró aquí y bajó

tranquilamente por la escalera de servicio, que a estas horas de la noche está siempre desierta.

—Pero semejante cuerpo muerto no fué manejado por ningún niño —dijo Pritchard.

—Habrá que buscar a un hombre joven, de musculatura fuerte—insinuó de nuevo Griswald.

—Ni más ni menos, profesor Griswald—dijo el policía.

—Vamos, será cuestión de recorrer Nueva York en busca de un atleta asesino—dijo Ambrosio con sorna—. ¿Tenía enemigos Lamont?

—Sargento Ambrosio, usted ha dado en el clavo—dijo Cross.

Pritchard miró a Cross interrogativamente.

—Sí, Pritchard, vamos al domicilio de Gerardo Shaw.

Poco rato después, llamaban a la puerta de Gerardo, Pritchard, el sargento Ambrosio, Cross y Griswald, que por nada del mundo abandonaba a los que andaban buscando al asesino de Lamont, bien ignorantes de que lo tenían tan cerca.

Pritchard comunicó en breves palabras a Gerardo Shaw lo que ocurría, y que habían ido allí para interrogarle.

—Yo les aseguro que no sé nada absolutamente — protestaba Gerardo.

—Lamont estuvo aquí — dijo Cross — y continuasteis la pelea o la discusión que había empezado en casa del profesor Griswald, y en el calor de la contienda, tú le mataste...

—Las huellas digitales de usted están en esta porra—dijo Pritchard.

—Están en todo—repuso Gerardo—. Esta es mi casa y estos objetos son míos.

—Eso es verdad — dijo Cross—, y como no eres tonto, sabes que es una buena excusa. Una vez muerto le pusiste el sombrero, le ataste las piernas con este material con que envuelves a las momias y en tu propio coche le llevaste a su casa, subiéndolo por el montacargas y dejándole caer en la cocina...

—¡Cross, estás loco! ¿Cómo puedes probar todas estas acusaciones que me imputas?

—Este trozo de máscara que se ha encontrado en la cocina de Lamont, manchada de sangre, el material de envolver las momias... y, por encima de todo, esta porra que coincide con sus tres picos con las seis heridas de la cabeza de Lamont. Le diste dos golpes.

Gerardo Shaw, completamente tranquilo por su inocencia, no pudo menos que sonreír despreciativamente, y dijo:

—Bueno, pues, yo lo hice... ¿Qué piensan hacer ustedes conmigo?... ¿Condenarme a la silla eléctrica?

—No gaste bromas, que no sería nada extraño. De momento, síganos.

—Que conste que yo no le maté —dijo Gerardo muy serio—. Estoy seguro de que en esta habitación se mató a Lamont, pero ignoro quién lo ha hecho. Alguien estuvo aquí durante mi ausencia. Los papeles de mi mesa de trabajo estaban todos revueltos.

—Y tú podrás probarlo — dijo Griswald.

—Bueno, bueno —dijo Ambrosio—; síganos y a la cárcel.

—Señores—dijo Griswald—, me parece que detener a un profesor de nuestra facultad en esta forma, sin pruebas definitivas...

—La ley es la ley, doctor Griswald, y el señor Shaw tiene que seguirnos.

Pritchard iba en un coche perteneciente a la policía, y al salir a la calle, dirigiéndose a Cross y a Griswald, les dijo:

—¿Quieren que les lleve a su casa?

—Yo me quedo por aquí todavía; volveré a entrar en la casa.

Viendo que Cross no iba con ellos,

LA FALSA ACUSACION

EN cuanto se hubo alejado el coche del jefe de policía y sólo quedaba un guardia en el vestíbulo,

Cross entró de nuevo en casa de Gerardo, y dirigiéndose a un cuartito que había junto al despacho, abrió la puerta y dijo:

—Ya puede usted salir de ahí.

Completamente azorada, y temblando, salió Amelia Reed del cuarto donde Gerardo guardaba las momias.

—¿Cómo sabía usted que yo estaba aquí?

—En cuanto se me ocurrió que Gerardo podía estar complicado con este asunto, llamé por teléfono a su casa. Usted no estaba y se me ocurrió que estaría donde precisamente no debería estar.

—Gerardo me habló por teléfono. Me dijo que al regresar a su casa lo había encontrado todo revuelto, que no me acercara por aquí y que no dijese a nadie que yo había estado ya antes con él. Todo esto me llamó tanto la atención que tomé un taxi y vine corriendo. Acababa yo de llegar cuando llegó usted con los policías, y no sabiendo él qué hacer conmigo, me encerró con las momias. Apesto a momia, ¿verdad?

Realmente, Amelia había tomado algo de aquel olor raro de las momias, pues había estado en su compañía. Para disipar aquel mal olor, Amelia sacó de su bolso una botellita de perfume, del que puso unas gotas en el pañuelo, que pasó por su vestido y por las manos.

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

—Ahora sí que huele usted bien
—dijo Cross.

—Huelo a mujer fatal. No hay quien me resista. Por favor, Cross, ¿no puede usted hacer algo para sacar a Gerardo de este atolladero?

—Pero si todas las pruebas están contra él...

—Las pruebas podrán estar en su contra, pero estoy segura de que Gerardo no le ha matado.

—Usted es mujer, y además es su novia...

—No crea que es por eso. Estoy segura de que Gerardo no es un asesino...

—Pues, ¿quién cree usted que puede haber matado a Lamont?

—Algún íntimo de Lamont, y tal vez celoso de sus atenciones hacia mí...

—Todo puede ser posible.

—¡Dios mío! ¡Si fuera ella! Susana Nash...

—¿Había algo entre los dos?

—Sí, no había yo visto nada, pero hay ciertas miradas que no engañan y ella es lo suficiente fuerte para manejar aquella porra.

—Amelia, usted sería un buen detective.

—Voy a ver a Susana. Para salvar a Gerardo lo haré todo. ¿Me acompaña usted?

—Yo siempre estoy dispuesto a acompañar a una dama, y sobre todo si ésta es hermosa.

Guardaron silencio durante el recorrido que hizo el taxi hasta llegar a casa de Susana. Amelia no estaba para más bromas y Cross maduraba sus planes. Subieron rápidamente hasta el piso de Susana, cuya puerta estaba abierta. La luz del comedor ardía, y en el suelo, bañadas en sangre, yacían muertas Susana y su anciana madre.

Una nueva llamada de Cross a la policía, trajo a Pritchard a la casa.

—En la mano de la pobre anciana hay unos pelos negros—dijo Cross al jefe de policía.

—Siempre serán un dato.

—Sí, podrán coger al asesino por los pelos—sugirió otro guardia.

Cross se ofreció a Amelia para acompañarla a su casa, y al salir a la calle, aquél le dijo:

—Es una suerte, Amelia, que su novio esté detenido, porque estos pelos negros en manos de la pobre señora, podrían comprometerle.

—¿Quiere usted decir que podrían comprometerle con este otro crimen?

—Sería muy posible.

—Es completamente absurda semejante suposición.

—Es absurdo, por la sencilla razón de que está detenido, pero si estuviera en libertad, quién sabe...

Hablando de esta manera, se pararon un momento y llegó un auto del que se apeó el sargento Ambrosio, acompañado de un guardia.

—Señor Cross—dijo Ambrosio—, ¿sabe usted lo que ha ocurrido?

—Cualquier cosa extraña; nada me sorprende ya...

—Pues, mientras llevábamos detenido a Gerardo Shaw, como se trataba de un profesor, no se le pusieron las esposas, y aprovechó un momento de distracción para darme un porrazo, cuyas huellas puede usted ver en mi ojo, y escaparse. ¿Dónde está el jefe?

—En el segundo piso, con un doble crimen, cuyo autor tampoco aparece.

—¿Es posible?

—Gracias a la sagacidad de usted, Ambrosio.

—Bueno, voy a ponerme a las órdenes de mi jefe, y que Dios me coja confesado, pues en cuanto se entere de la fuga de Shaw... ¿Sube usted, señor Cross?

—No. Tengo que acompañar a esta señorita.

—¿Por qué no ha de quedarse usted aquí, para averiguar quién ha

matado a Susana y a su madre? —preguntó Amelia.

—Estoy muy cansado; la voy a llevar a usted a su casa...

—Cristóbal, es imposible que usted crea que Gerardo ha cometido semejante atrocidad...

—No hablemos más de ello. Vamos, la acompaño.

—No, usted no me acompañará, si es que puede creer que Gerardo es culpable.

—El pelo que sé ha encontrado en la mano de la anciana, es negro... y según acaba de comunicarnos el sargento Ambrosio, Gerardo está en libertad.

—¡Imposible!

—Supongamos que Susana vió que Gerardo mataba a Lamont...

—No pudo verlo, porque no lo hizo, y todas sus suposiciones son falsas.

—Bueno, se acabó el discutir. Suba usted a este taxi, y a casa.

—Me voy, pero sola. No quiero que me acompañe un hombre que puede pensar semejantes cosas de Gerardo.

Amelia subió al taxi, cerró la puerta rápidamente y dió al chofer su dirección. Cross quedó en la acera mirando al coche que se alejaba, y no pudo menos que exclamar:

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

—¡Niña mimada!...

El sargento Ambrosio bajó en aquel mismo momento, y acercándose a Cross, le dijo:

—El jefe acaba de darme suela. No me extraña. Supongo que me lo merezco, por haber dejado escapar a Shaw.

—No se preocupe. Un hombre de sus cualidades policíacas pronto volverá a ser llamado. ¿Qué le parece si fuéramos a tomar un baño turco? Después de una noche semejante, necesito algo para entonarme.

—Un baño turco, pero con poco vapor, porque he sudado el quilo corriendo detrás de Shaw.

Cross y el sargento se dirigieron a un establecimiento de baños turcos y mientras estaban dándoles masaje, Ambrosio contaba a Cross cómo Shaw se había escapado.

—Ahora que, el día que yo encuentre a Shaw, le pondré los dos ojos como él me ha puesto el mío.

En la sala de masaje, y sin poder sospechar que allí estuviera nadie que pudiera reconocerle, Gerardo Shaw, que había ido también a tomar un baño turco para quitarse el cansancio, se encontró con Cross y el sargento. Era imposible huir. Cross le tranquilizó y le dijo:

—En este momento, y casi desnudos, no podemos hacer nada... Cuéntenos toda la verdad y seremos buenos amigos.

—Cross, no insista en su idea de que yo haya matado a Lamont.

Cross permaneció un rato en silencio, y su temperamento de investigador le sugirió la siguiente pregunta, rápida y brusca:

—Gerardo, ¿por qué mató usted a las dos mujeres?

—¿Está usted loco, Cross?... ¿A qué mujeres se refiere usted?

—A Susana Nash y a su madre.

—¿Cómo puedo haberlas matado yo, si en cuanto me he escapado de las manos del sargento he venido aquí?

—Lamont y Susana Nash eran profesores de la Universidad de Trent. Supongamos que alguien estuviera eliminando rivales a la plaza del doctor Reed...

—Tendría que ser alguien que estuviera loco de remate. ¿Quién sabe si el desgraciado de Rodolfo Brehmer? Su delirio siempre fué llegar a rector de la Universidad.

—¿Es cierto eso, Shaw?

—Sí. Cuántas veces le he oído lamentarse de su mala suerte.

—Llame a un criado y que telefonee a la policía que vayan a casa de Griswald y que traigan a Rodolfo Brehmer aquí, Ambrosio.

—¿Aquí?... —Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Cris, no insistas a...

—Sí, llamaremos menos la atención, y si veo que el hombre puede dar sus explicaciones, le asustaremos menos que mandándole a la Comisaría.

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

—El jefe acaba de...

LA NUEVA VICTIMA

AMELIA Reed había llegado a su casa completamente descompuesta, después de una noche en que un incidente trágico tropezaba con otro. Se quitó el abrigo y entonces se dió cuenta de que le faltaba un guante. Buscó primero en el bolso, y no encontrándolo allí, miró en el bolsillo del abrigo, y allí dió con el librito de notas de Juana, que ésta había metido allí confundiendo con el suyo. Amelia abrió aquel librito, sin llegar a suponer que era el verdadero causante de todas las desgracias de aquella noche fatal, y vió en su primera página el nombre de su amiga Juana Griswald. Sin pararse a pensarlo ni un

momento más, se puso de nuevo el abrigo y salió a la calle, a pesar de que estaba casi amaneciendo, y se dirigió a casa del doctor Griswald.

Los tres que se habían encontrado en el establecimiento de baños turcos, estaban todavía allí completando los complicados masajes y vapores de que se componen los famosos baños. El sargento Ambrosio, a pesar de todo, no perdía de vista a Shaw, y dijo:

—De buena gana bebería un poco de coñac.

—No vendría mal, después de tantas emociones. Por cierto, que tuve que quedarme sin probar el famoso coñac de Lamont.

—¿Coñac de Lamont?—pregun-

tó Shaw—. Si no probaba una gota de alcohol. Tenía el estómago perdido.

—Sabe usted que este dato es muy interesante? Griswald me llevó a su casa precisamente para beber coñac.

—¿Por qué lo haría, Cross?

—Tal vez buscaba alguna cosa —dijo Ambrosio.

—Tiene usted razón, Ambrosio. Estaría buscando algo. Pero, ¿qué podría buscar?

—Ya le dije, Cross, que mi mesa de trabajo estaba toda revuelta —dijo Shaw.

—También lo estaba la de Susana Nash.

—¿Lo estaba la de Lamont?

—No. La mesa de Lamont estaba en perfecto orden, y Griswald iba conmigo.

—Pues no mezcle a Griswald en este asunto —aconsejó Ambrosio.

—Yo creo más bien que será Brehmer —dijo Shaw.

—De momento, esta noche no encontraremos al asesino.

Griswald había regresado a su casa y allí estaba esperándole Celia Van Horne, tan angustiada como él por no encontrar el librito de notas.

—Ahora debes continuar buscando

el libro hasta que lo encuentres. Estoy segura que lo tiene la muchacha Reed. Ves a buscárselo...

—No, mujer, no puedo ir a estas horas... y lo prefiero.

Sonó el timbre de la calle, y Griswald, temiendo algo, hizo que Celia se escondiera, así como su abrigo y su sombrero.

Griswald, personalmente, salió a abrir la puerta, y se encontró con Amelia Reed. Esto le tranquilizó.

—Es una hora muy intempestiva, pero acabo de encontrar una cosa y no podía esperar ni un momento para devolverlo. Estaba en el bolsillo de mi abrigo. Da la casualidad que mi abrigo es idéntico al de su pobre esposa.

—Entre, Amelia, y siéntese.

La joven, acompañada del doctor, pasó al saloncito y, sentándose en una butaca, empezó su relato:

—Este librito estaba en el bolsillo de mi abrigo.

Griswald abrió los ojos desmesuradamente al ver el fatal libro.

—Se trata de algo muy importante, ¿verdad, doctor? Ya me lo pensaba.

Por más que hizo para disimular, no lo lograba Griswald, y Amelia continuó:

—Este librito está relacionado

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

con los sucesos de esta noche. Tal vez a usted le parezca una locura...

—Nada de eso. Continúe, continúe...

—Yo me imagino que al fallecer tan inopinadamente la señora Griswald, el desgraciado de Brehmer ve una oportunidad para situarse de nuevo en la Universidad. Como que él estaba siempre ayudando a su desgraciada esposa y sabría que este librito tenía cosas interesantes, sale en su busca. No lo encuentra en el laboratorio, y suponiendo que alguno de los invitados a la cena lo haya podido robar, va de una casa a otra, le encuentran y, en su locura, les mata.

—Amelia, me parece que está usted en lo cierto.

—Y como que tienen unos pelos que se han encontrado en la mano de la madre de Susana, fácil será comprobarlo.

Esta noticia desconcertó a Griswald.

—¿Dice usted que han encontrado unos pelos?...

Procuró sosegar un poco, y pidiendo excusas a Amelia para salir de la habitación un momento, fué a reunirse con Celia.

—Esta muchacha sabe demasiadas cosas —dijo Griswald a su amante.

—Pero, ¿qué importa ahora? No hay ninguna prueba.

—La anciana tenía pelos de mi cabeza en su mano. Si esta chica habla del librito y comparan esos pelos con los míos...

—No es fácil que se hable más del librito.

—No podemos perder tiempo, Celia. En mi habitación hay doce maletas. No creo que lleven ninguna marca ni etiqueta. Fórralas de papel de diario...

—¿Qué intentas hacer?

—Amelia Reed es un peligro... Hay que prevenirlo todo.

La cara del profesor Griswald aterraba. Por la imaginación de Celia pasó un pensamiento trágico. ¿Intentaría ahora el profesor hacer desaparecer a Amelia?

Celia sintió miedo, un miedo atroz ante aquel hombre cuyos crímenes y maldades ahora ya no desconocía. Salió de la habitación sin saber si obedecerle o huir.

Sobre una mesa había una botella de vino y dos copas. Griswald cogió una de las copas y puso en ella un poco de vino. Volvió a reunirse de nuevo con Amelia e insistió en que bebiera algo para sosegar.

Cross, Shaw y Ambrosio, continuaban todavía en los baños turcos y hablando de los famosos crímenes.

—Estoy pensando—dijo Cross—, que Griswald podía haber mirado los cajones de la mesa de Lamont, mientras yo estaba telefoneando desde la portería.

—En este caso serían tres las mesas que se han encontrado revueltas, y todas de profesores de la Universidad.

—Aquí vienen dos guardias con un tal Brehmer—dijo uno de los criados del establecimiento.

—Que se espere un momento en el vestíbulo y lo recibiré—contestó Cross, y dirigiéndose al masajista, añadió—: apresure un poco, y también a estos dos señores, porque nuestra presencia es indispensable en otra parte ahora.

—Este baño y masaje—dijo Ambrosio—, me han quitado diez años de encima.

—Yo estoy pensando—dijo Gerardo—, que todo empieza a arreglarse. Son tres las casas en que se han encontrado revueltos los papeles, y estas tres personas son de las que han estado invitadas en casa de Griswald...

—Dos de las cuales han sido asesinadas—añadió Cross.

Vestidos y arreglados ya, los tres hombres salieron al vestíbulo de la casa de baños, donde aguardaba Rodolfo Brehmer con los policías. Cross

se separó de Ambrosio y Shaw para hablar por teléfono.

—¿A quién telefona usted?—preguntó Shaw.

—A Amelia Reed. También ella estaba invitada en casa de Griswald esta noche.

El teléfono de los Reed estaba en la habitación del doctor, y fué éste quien recibió la llamada.

—Sí, Cristóbal, hace más de una hora que la oí cuando entró. Debe estar durmiendo tranquilamente.

—Gracias, doctor Reed, no deseaba saber otra cosa.

Cristóbal Cross quedó a la mar de satisfecho con esta noticia. ¡Poco pensaba que en aquellos momentos Amelia corría uno de los mayores peligros de su vida!

En un rincón del vestíbulo de la casa de baños, estaba el infeliz Rodolfo Brehmer, sin poder sospechar por qué le habían llamado en hora tan intempestiva.

Cross le saludó cariñosamente, preguntándole:

—Vamos a ver, profesor Brehmer, qué puede usted contarnos de la malograda señora Griswald.

—Ella descansa ahora. Bastante ha sufrido.

—¿Usted cree que no era feliz con Pablo Griswald?

—¿Feliz? Señor Cross, no hablemos de esto. Yo vivo en la casa y sé cómo iban las cosas... Ella siempre estudiando, siempre resolviendo los más grandes problemas científicos. Yo la ayudaba.

—Ya lo sé, profesor Brehmer, ya lo sé; y que ella estimaba en mucho su cooperación.

—El gran sabio Griswald tendrá pocos triunfos más, muerta ella.

—También él es un hombre inteligente...

—Tal vez. Pero sin los apuntes que ella le facilitaba a fuerza de estudio, es hombre perdido.

—¿Sabe usted si él tiene sus últimos apuntes?

Mientras así hablaban, el sargento Ambrosio se acercó a Brehmer y le cortó un mechón de pelo.

—¿Está usted loco? — preguntó Brehmer.

—No, señor; lo quiero para recuerdo.

—Déjenos en paz al profesor y a mí, Ambrosio, que hemos de hablar un rato todavía. Dígame, ¿le parece a usted que la señora Griswald dió sus notas a alguien para que se las guardara?

—No, señor Cross. Ella trabajaba para él y no creó que las diera a nadie. Estoy seguro de ello. Agotó las

fuerzas de su corazón trabajando para aquel hombre.

—El sabía que ella tenía el corazón delicado, y estaba en su habitación cuando...

—¿Cuando saltó el perro?

—Sí. Me parece que vamos acercándonos a la verdad. ¿Usted recogió el perro del jardín, profesor Brehmer?

—Sí, yo estaba paseando por el jardín.

—¿Le vió usted caer?

—No; solamente oí el golpe, cuando cayó.

—¿Vió usted caer la pelotita?

—Sí.

—¿La pelotita cayó después que el perro?

—¿Qué quiere usted decir?—y Brehmer miró fijamente a Cross.

—Sencillamente: ¿qué cayó primero, el perro o la pelota?

—Esta pregunta me recuerda aquella de: ¿qué fué lo primero, la gallina o el huevo? — interrumpió Ambrosio.

—Pues, aunque a usted le parezca una pregunta extraña, amigo Ambrosio, le diré que, según fuere, se tratará de un accidente o de un asesinato.

—No perdamos más tiempo—dijo Ambrosio—. ¿Qué hay que hacer?

—Pueden ir ustedes donde les pa-

rezca—dijo Cross—. El señor Brehmer puede retirarse, y yo también. ¡Hasta mañana!

Cross se despidió de los demás, encargando a Shaw que no se dejara ver, de momento, para que no

volvieran a detenerle, pero que tenía casi la seguridad de que al día siguiente se habría descubierto al verdadero autor de los asesinados perpetrados bajo el manto de aquella trágica noche.

—Si yo estaba pasando por el jardín...
—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

—¿Y usted? — preguntó Brehmer.
—Estaba en la vereda, usted ve...

LAS DIVAGACIONES DEL DETECTIVE

YA no se trataba de conjeturas. Los hechos aparecían claros ante Cross, pero por primera vez en su vida, se encontraba ante un criminal repugnante, aunque no vulgar, y por otra parte era indispensable poder probar los hechos.

La misma astucia que había empleado para con sus víctimas, la pondría ahora para salvarse, de manera que no convenía dar a entender de quién se sospechaba, a fin de evitar nuevas muertes.

La hora era ya muy avanzada, para empezar a trabajar de nuevo, y Cross temía que si dejaba la tarea para más tarde proporcionaría demasiado tiempo al autor de tantas monstruosidades para ponerse a sal-

vo haciendo desaparecer toda huella de sus crímenes.

Meditando sobre lo que haría, se dirigió al Club. No había nadie allí más que el vigilante. El aspecto fatigado y pensativo de Cross llamó la atención del guardián, pero, hombre disciplinado y cumplidor de su deber, no se atrevió a interrogar al caballero que en hora tan desusada llegaba allí.

—¿Hay alguien en el bar, Mcrris?

—Sí, señor Cross. Andrés está de guardia esta noche.

El vigilante aprovechó estas palabras de Cross para ver si podía averiguar el por qué de su presencia allí a aquella extraña hora.

—Tiene usted el aire fatigado, se-

ñor Cross—dijo Morris, empleando un tono de gran consideración.

El detective no contestó de momento. Luego pensó que hablar con alguien, fuese quien fuese, podría traerle alguna fuente de inspiración para lograr su objeto.

—No es fatiga física la que siento, Morris. Hierven tantas ideas en mi cabeza, veo una cantidad de cabos sueltos, que necesito sujetar muy fuertemente para que no se vuelvan a soltar.

—Yo siempre he pensado, señor Cross, que la carrera de detective es muy difícil.

—No lo creas.

—Es un oficio que no admite descanso.

—En eso tienes razón.

—No pueden desperdiciar un minuto. Trabajan ustedes de día y de noche.

—Es que el criminal no tiene horas de oficina, como los demás mortales que se ganan la vida honradamente. El criminal espera su hora, sea la que sea, y nosotros, los que nos ocupamos de perseguirlos, tenemos que adoptar su mismo sistema. No descansar tampoco hasta acorralarlos y arrancarles su secreto.

Morris estaba satisfecho de su diplomacia. Había logrado entrete-

ner al detective, y éste, animado con sus propias ideas, las iba exponiendo sin preocuparse mucho de quien le escuchaba. En realidad, lo que le interesaba en aquel momento era hablar, distraerse, hasta que amaneciera. Creía inútil intentar nada en plena noche.

—¿Tiene algún caso interesante entre manos, señor Cross?—dijo tímidamente el vigilante.

—¿Interesante? No te lo podría decir, Morris. Si el criminal es un loco, la tragedia perderá interés... pero si es un hombre...

—Sea quien sea, no hay duda de que usted logrará prenderle.

—Estoy persiguiendo a un criminal que se sale de lo vulgar. Cuando un hombre en pocas horas consigue matar a cuatro personas que viven en distintos distritos, y esto sin dejar huella alguna, es algo difícil. Si yo me encontrara ante un profesional del crimen, podría poner en juego recursos que nunca me han fallado... Pero este científico...

Morris no era ningún detective, pero no perdía una sola palabra de las que decía Cross. ¿Un científico? Esto será un sabio, pensaba el vigilante para sí, y aunque ignoraba por completo todo lo ocurrido durante aquella noche, la actitud de Cross había despertado su curiosidad.

Por su parte, el detective ni se

acordaba de quien tenía delante. Seguía hablando por su cuenta.

—No atino a pensar en lo que le haya podido inducir a cometer tantas barbaridades—continuó Cross.

Era un poco difícil adivinar la causa de todo, pues en el mundo de la ciencia donde vivía Griswald, nunca había sospechado nadie que la verdadera sabía era la esposa del profesor. El cariño que ésta tenía a su esposo la había hecho ayudarle tan desinteresadamente y con tanta discreción, que nunca trascendió el engaño. Sólo Brehmer y Celia conocían la verdad, pero el primero era un loco y la segunda tenía tanto interés como el profesor en ocultar la verdad.

El aspecto de Griswald y su comportamiento señorial, le habían conquistado las simpatías de toda la Universidad, y, por otra parte, sus descubrimientos le habían puesto por encima de todos sus compañeros.

La clase de Griswald era una a la que asistían los alumnos con grandísimo respeto, y en general se le tenía por una personalidad.

Eran todas estas consideraciones que tenían a Cristóbal Cross confundido. Dar un paso en falso habría sido algo terrible en la carrera del detective.

—Morris, si algún día pensaras cambiar de oficio, no sigas la carrera de detective. Si fuese posible, hoy volvería a estudiar en la Universidad y dejaría de perseguir a los criminales.

—Señor Cross, tal vez es un atrevimiento por mi parte, pero voy a darle un consejo: vaya a su casa a descansar, y mañana verá las cosas de otra manera.

—De buena gana me iría a descansar, si me aseguraran que él también se iría a descansar, pero temo que aun esté trabajando.

Estas palabras de Cross eran un presentimiento. Griswald no descansaba. En posesión del librito, al fin, le convenía hacer desaparecer a quien se lo había proporcionado, y ciego por completo, continuaba su criminal persecución.

—No, Morris, subiré al bar y veré lo que decido.

Con muchísima calma, Cross subió las escaleras que conducían al piso superior. Cruzó los salones del Club, completamente desiertos, y le entró la tentación de tumbarse un ratito en un diván. Una fuerza interior le instigaba a no perder tiempo descansando.

El pobre Andrés, de guardia en el bar, casi seguro de que no aparecería ningún otro socio más, se había

dispuesto a pasar descansando lo que restaba de la noche, que por cierto era bien poco, y dormía tranquilo en una butaca.

Cross le miró compasivamente. No le despertaría. Finalmente, no era bebida lo que quería. Necesitaba un poco de silencio y calma para trazar un plan. Una vez éste trazado, llevarlo a cabo lo más pronto posible.

Una ojeada a los invitados que aquella noche se habían reunido en casa del doctor Griswald, daba por resultado el que solamente Amelia Reed, Gerardo y el propio Cross, habían, hasta aquel momento, salido inmunes. Todos los demás habían sido asesinados, incluso la anciana señora Nash, que no había asistido a la comida. Esta víctima cayó porque ante ella se dió muerte a su hija y hubiese hablado; por consiguiente, tenía que desaparecer para que no explicara quién había dado muerte a Susana.

La muerte de la señora Griswald, ¿no era, también, misteriosa? El estado de salud de la esposa del doctor era muy frágil. No obstante, sin un violento choque, difícilmente se habría producido una muerte tan rápida. Por otra parte, la caída del perro al jardín era inexplicable. El perrito hacía bastante tiempo que

perteneecía a la señora Griswald y conocía perfectamente la situación de la casa. ¡Cuántas veces lo había tenido su dueña en brazos junto a aquella ventana, y sabía que por allí no se bajaba al jardín! Los criminales no acostumbran a contar con la inteligencia de los perros. La policía, sí.

No cabía la menor duda. El perrito no se había tirado al jardín persiguiendo la pelota. Demasiado sabía él que la altura era mucha.

Esto le trajo a la memoria las palabras del sargento Ambrosio, que había dicho: ¿Quién fué primero, el huevo o la gallina? Poder saber, poder averiguar si había caído primero el perro que la pelota, y ya tendría la solución. Pero no se podía perder más tiempo. En sus divagaciones, desde que se había despedido de Ambrosio, Brehmer y los agentes, casi ya había transcurrido media hora.

El criminal había demostrado que en poco rato se puede hacer mucho mal.

Era indispensable tomar alguna cosa. Se sentía fatigado y nervioso.

A pesar de que Andrés le inspiraba lástima, decidió despertarle. Se acercó a él y le tocó suavemente el hombro. Andrés despertó inmediatamente. Se puso en pie y, arreglándose la chaqueta, se inclinó ante

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

Cross, preguntando con toda naturalidad:

—¿Qué desea el señor?

Cross, con la misma naturalidad y como si hubiese encontrado a Andrés en su sitio, contestó:

—Un coñac doble, con sifón.

Mientras el camarero preparaba lo pedido, Cross preguntó:

—Tienes pocos clientes a esta hora, ¿verdad, Andrés?

—Rara vez viene nadie tan tarde.

—¿Hace mucho rato que está esto desierto?

—A las dos y media se han marchado los últimos socios.

—Bastante tarde, para irse a descansar. ¿Ha venido por aquí el doctor Griswald?

—No, señor. Por la noche no ha venido. Ha estado aquí por la tarde, y sin querer pecar de indiscreto, puedo decirle que he oído cómo decía que esta noche tenía invitados en su casa.

—¿Acostumbra a venir aquí por las noches?

—Sí. Es uno de los habituales. El doctor Griswald goza de gran simpatía entre sus amigos.

—Es verdad. Tanto los alumnos como los profesores consideran al doctor y le estiman.

—Sus descubrimientos le han hecho tan famoso...

—Sí. Sus descubrimientos tienen más importancia de la que se les da hoy. Algún día se sabrá el verdadero valor que tienen. ¿Se ha dicho por aquí que su esposa ha fallecido repentinamente esta noche?

—¿La esposa del profesor?—exclamó extrañado Andrés.

—Sí. Yo era uno de los invitados a la comida, comida que no se ha celebrado, porque antes de empezar ha sufrido un ataque la señora Griswald, del que no ha salido con vida.

—¡Qué golpe habrá sido para el doctor! Era un matrimonio modelo. Siempre juntos. Ella también era una señora de ciencias, ¿verdad?

—Era una mujer muy estudiosa, pero el verdadero sabio era él.

—¡Qué traidoramente llega la muerte a veces?

—Es verdad. En esta noche trágica, la muerte ha sorprendido a varios que creían tener todavía muchos años de vida, y ved ahora, la señora Griswald, Carlos Lamont, Susana Nash, su madre, y...

—Señor Cross, ¿qué está usted diciendo?

—Todos los que acabo de nombrar, han muerto durante esta noche...

—Pero, ¿no es posible! El señor Lamont ha estado aquí un momento esta noche, lleno de vida. No re-

cuerdo con quién hablaba, pero si recuerdo haberle oído decir que todavía no había comido.

—Es verdad; también estaba en casa de Griswald, y se ha marchado igual que los demás invitados, a poco de haber muerto Juana Griswald.

—Pero, ¿cómo se ha enterado usted, señor Cross, de todas estas desgracias?

—La carrera de detective tiene estas desventajas; somos los primeros a quien se llama, y como que hoy la fatalidad se ha cebado en un grupo de amigos míos, he acudido sin que me llamaran.

—¿Se trata de crimen, o de accidente?

—¡Andrés, si yo pudiera contestar a esa pregunta, tendría el asunto resuelto!

El «barman» ardía de curiosidad; pero una de las órdenes más terminantes de los servidores del Club, era no dirigir preguntas a los señores socios, y solamente contestar a las que les hicieran. Andrés ya había faltado un poco al Reglamento, si bien era excusable, dada la hora y el no haber nadie más que ellos en el salón.

—Mañana, a esta hora, Andrés, en Trent no se hablará de otra cosa más que de lo que ha ocurrido esta

noche, y si yo puedo tener ya en la cárcel al autor de tantos... asesinatos, y si realmente es quien creo, todavía se hablará más de ello.

—No podré descansar tranquilo hasta saberlo todo.

—No creo que tengas que esperar mucho. Pide comunicación con la casa del doctor Reed.

Andrés hizo lo que le mandaba Cross, y transcurridos algunos minutos, volvió diciéndole que no contestaban.

Cross, con la copa de coñac delante, que aun no había probado, permaneció silencioso, y Andrés, comprendiendo que el detective no quería hablar más, se retiró discretamente.

La imagen de Amelia Reed era la que repentinamente apareció ante la imaginación de Cross. ¿Habrá ella escapado de la mano criminal de Griswald? Y en este caso, ¿por qué?

El doctor Reed era quien debía nombrar a su sucesor, y ¿sería tal la monstruosidad de Griswald que intentara eliminar a todos los que pudieran ser elegidos, para que no tuviera más remedio que nombrarle a él? Esto no cabía en la mentalidad más cerril. Forzosamente había de existir otro motivo para inducir a un hombre a cometer tantas barbaridades.

No recordaba Cross haberse encontrado en ningún otro asunto en el que tuviera que moverse con tanta cautela y tan falto de datos para seguir una pista.

De repente le vinieron a la memoria las palabras del viejo Brehmer cuando le encontraron en el jardín con el perrito muerto en brazos: «Tengo que cavar una fosa. ¡Pobre perrito! ¡Tanto como te quería! Yo le vi caer por la ventana».

Si en lugar de tratarse de un loco, aquel hombre hubiese estado en sus cabales, podría haber aportado una infinidad de datos que sin duda alguna habrían permitido trazar una línea de conducta que permitiría llegar adonde se deseaba, pero durante el interrogatorio a que se le había sometido, siempre ponía sus consideraciones personales por delante de lo que se le preguntaba.

En cuanto a Gerardo Shaw, el detective tenía la absoluta seguridad de que nada tenía que ver en el asunto. Sus discusiones con Carlos Lamont habían sido en un terreno puramente científico y nada inducía a creer que le hubiesen llevado a matarle, por otra parte, la muerte de Susana Nash y su madre, no guardaban relación alguna con Shaw. Cross estaba cada vez más convencido de la inocencia del joven explorador.

Era indispensable intentar sorprender a Griswald lo más pronto posible, y pensando que estaba allí perdiendo el tiempo, Cross llamó a Andrés, pagó la consumición y decidió marcharse.

—Compraré el diario en cuanto salga de aquí, señor Cross—dijo Andrés.

—Solamente dará cuenta de la muerte de la señora Griswald, y aun ésta, mañana por la mañana, no se atribuirá a nada anormal. También dará cuenta de las de Lamont y la madre e hija Nash, pero lo más interesante, lo que ahora verdaderamente importa, o sea el saber quién ha sido el autor, esto no lo busques en los diarios de la mañana, porque difícilmente podré haber conseguido esto a la hora en que cierran los diarios sus ediciones. Tendrás que esperar las ediciones de la tarde.

Cross salió del Club sin perder más tiempo. Tuvo intención de llamar por teléfono al doctor Griswald, pero decidió no hacerlo. Una llamada en hora tan intempestiva podría ponerle sobre aviso, y era mucho mejor que pensara que nadie sospechaba de él.

Una cosa hacía vacilar a Cross, y ésta era el aplomo que había demostrado Griswald mientras estuvo con él, desde que lo había encontrado

en el Alumni Club, en casa de Lamont y hasta que se despidieron al salir del dormitorio de Shaw. Su atinada advertencia a la policía de que no detuvieran a ningún profesor de la Universidad sin tener plena prueba de su culpabilidad, todo en un tono sereno y normal... Pero, en cambio, ¿por qué Griswald andaba por el mundo en una noche como aquella, en que acababa de morir su esposa, aparentemente de muerte natural?

No era cuestión de perder más tiempo. Pararía al primer taxi que pasara y se dirigiría a casa de Griswald; mientras tanto, empezó a andar en esa dirección.

Poco tardó en pasar un taxi. Le dió las señas y rogó al chofer que siguiera la ruta más corta para llegar pronto allí.

A pesar suyo, Cross sentía cierta nerviosidad ante la llegada a la meta de tan trágica carrera. Griswald había sido profesor suyo en los primeros años de su paso por la Universidad. Más tarde, al abandonar la carrera para seguir lo que en él primero fué afición y más tarde pasión, continuó frecuentando a profesores y alumnos, entre los cuales contaba con muchas simpatías. Juana Griswald fué una de las personas a quien más admiró y estimó. Nunca adivinó su tragedia, la sabía

y discreta mujer, ya sea por amor a su esposo y tal vez más por su gran delicadeza, nunca dejó traslucir, ni a los más íntimos, la verdadera situación en que vivía ya hacía años, como tampoco el que los éxitos científicos de Griswald obedecieran a sus investigaciones. Todas estas consideraciones dificultaban la actuación de Cross, pero, convencido de la culpabilidad del profesor, se dirigía a su casa, dispuesto a detenerlo personalmente en cuanto obtuviera allí la confirmación de todas sus suposiciones.

Si solamente era la ambición al Rectorado lo que había despertado la criminalidad de Griswald, casi sería caso de creer que se había vuelto loco, aunque su aspecto y actitud no lo daban a entender. Forzosamente habría otra cosa. Pero, ¿quién podía sospechar la existencia del librito de notas? No había dado importancia a las palabras de Brehmer. La sagacidad de Cross no podía ir tan lejos. Faltaba muy poco para llegar a la casa del profesor. La obscuridad de la noche iba extinguiéndose, y las casas y las calles aparecían como algo misterioso en aquella hora. Una ligera neblina completaba el aspecto espectral de la avenida donde vivía Griswald, y cuando apareció la casa de éste a los ojos de Cross, fué como si de todas las casas aquella estu-

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

viera cubierta con un manto negro en señal de luto por la muerte de su dueña y por la maldad del profesor.

Se apeó del taxi antes de llegar a la misma puerta, y encargó al chofer que no se situara ante la casa para esperarle hasta que él hubiese penetrado dentro. No quería Cross

que el ruido de un coche, al pararse, pusiera a Griswald sobre aviso.

Una luz brillaba en el balcón de la sala. Todas las demás ventanas aparecían cerradas. Esto demostraba, cuando menos, que en la sala había alguien. No se podía suponer que la luz hubiese quedado encendida por olvido.

EL DOCTOR PABLO GRISWALD

A

EL DOCTOR PABLO GRISWALD

AMELIA Reed continuaba sentada ante el profesor Griswald, y éste insistía en que bebiera un poco de vino.

—Estás muy cansada, Amelia; debes probar un poco de este vino antes de regresar a tu casa.

Como si presintiera algo extraño, Amelia no se decidía a beber.

—No sabes cuánto te agradezco que hayas venido — dijo el profesor—. Este librito de notas... no hay duda que pueda ayudar mucho a descubrir al autor de tantos crímenes. Pero si en realidad se tratara del pobre Brehmer, sentiría mucho verle conducir a la cárcel...

Amelia cogió la copa de vino y los ojos de Griswald se animaron. A pesar de ello, la joven no bebió.

—Pero por más que se tenga a Brehmer por un pobre loco, habrá que dar parte a la policía.

—No seré yo quien lo haga, Amelia. Brehmer ha sido el ayudante fiel de mi pobre Juana. ¿Crees tú que podría yo ahora denunciarle?

—Profesor Griswald, son cuatro los asesinatos que se han llevado a cabo esta noche. Aunque usted no denuncie a Brehmer, la policía tiene bastantes recursos para averiguar quién ha sido, y si él es el culpable, usted lo verá marchar a la cárcel. La policía no tendrá en cuenta los motivos sentimentales.

Indudablemente, Amelia sabía demasiadas cosas y hablaba y razonaba demasiado. En otras palabras: Amelia estaba dictando su propia sentencia de muerte.

—¡Todo ello es horrible! Y esto en un medio universitario, entre gente culta, entre verdaderos sabios... ¡Oh, Amelia, cuánto sufro!

—Profesor Griswald, he hecho mal en venir...

—No, hija mía, no. Al contrario, prefiero que hayas sido tú quien me haya hecho entrever la posible culpabilidad de Brehmer. Así, mañana, cuando venga la policía, que fatalmente vendrá, podré defender al viejo auxiliar de mi Juana.

—El estado mental de Brehmer le salvará de la silla eléctrica.

—Amelia, me horrorizas.

—Pero, profesor... ¡Son cuatro asesinatos!

—¡Cuatro asesinatos!

Al proferir estas palabras, Griswald se estremeció, retorciendo los dedos como si estrujara algo entre sus manos.

—Me voy, profesor. Está amaneciendo y necesito descansar.

—No, Amelia, no te vayas todavía. Espera a que sea un poco más tarde, y te acompañaré o haré que te acompañe Celia, que sin duda vendrá hoy temprano.

Estaba tan cansada y nerviosa la pobre Amelia, que se arrellanó en la butaca y por fin bebió un poco de vino.

Griswald respiró satisfecho por

primera vez desde que había entrado aquella joven en su casa.

—Amelia, ¿consideras a Cross muy inteligente?

—Muchísimo. Si Cross toma este asunto en sus manos, el autor o autores de estos asesinatos no tardarán mucho en ser descubiertos.

—Es muy posible. Yo sólo pienso en Brehmer y en lo que hubiese sufrido mi pobre Juana.

—Indudablemente, habría sido para ella un golpe terrible. ¡Pobre Juana! ¡Todavía me parece oírla jugando con el perrito!

—La vida tiene estos sarcasmos. Reúnes a unos cuantos amigos para pasar una velada agradable, y se presenta la muerte repentinamente, dispersándonos a todos.

Amelia no contestó a las últimas palabras de Griswald. Se pasó la mano por la cabeza y bebió un poco más de vino.

—No me explico lo que me ocurre—dijo—. No acostumbran a marearme las bebidas, y estoy ahora que no puedo con mi cabeza.

—No es el vino, criatura. Son los acontecimientos de esta noche, que nos han deshecho. Descansa un poco en este sillón y verás qué pronto te repones.

Apenas oyó estas palabras, pues se había dormido en la misma butaca en que estaba. El doctor se quedó

parado, mirándola, y al poco rato, Amelia abrió los ojos y se encontró con la mirada fija de Griswald, en cuyos ojos leyó sus malvadas intenciones.

—¡Me da usted miedo!—gritó la pobre muchacha, e intentó levantarse, pero la droga que Griswald había puesto en el vino la privaba de todo movimiento.

Con los esfuerzos que hizo para levantarse, se le cayó el bolso al suelo, y de aquél una botellita de perfume. Desmayada definitivamente, Griswald iba a cogerla para tenderla sobre un diván, cuando sonó el timbre de la calle. Verdaderamente asustado, cogió a Amelia y la depositó en un arcón que allí había. Era tanta su precipitación y azoramiento, que pisó la botellita de perfume, rompiéndola, y la fragancia se esparció por toda la habitación. Cuidadosamente recogió los cristales, que tiró al fuego de la chimenea, y secó el suelo con su propio pañuelo. Quedaba todavía el bolso de Amelia para esconder, el cual depositó debajo de un almohadón del sofá. El timbre había sonado por tercera vez. Frotándose los ojos como si despertara, Griswald abrió la puerta y entró Cristóbal Cross.

—Buenas noches, doctor, o mejor dicho, buenos días, porque ya está amaneciendo.

—Perdóneme que tardara tanto en abrir... Me había dormido un poco—dijo Griswald.

Cross se dirigía al mismo cuarto donde se encontraba escondida la infeliz Amelia.

—Estaremos mejor en el salón—dijo Griswald.

—No se preocupe, estamos muy bien aquí.

—Pues sentémonos aquí, si usted lo prefiere.

—Doctor, usted es el único hombre que puede ayudarme a descubrir al autor de este asesinato. ¿Podría hablar con Brehmer?

—Han venido a buscarlo hace un buen rato. Pero, ¿está usted seguro de que ese hombre es culpable?

—Seguridad, no tenemos ninguna, pero tenemos un mechón de su pelo...

Griswald se estremeció al oír esto, pero procuró disimular. Cross prosiguió:

—Este pelo que hemos cortado de Brehmer nos servirá para comparar con el que se ha encontrado en la mano de la anciana.

Los ojos de Griswald se fijaron en los de Cross interrogativamente.

—Quiero decir, la señora Nash.

—Pero... ¿es posible? ¡Qué atrocidad!

—Todo hace pensar en la culpabilidad de Brehmer.

BAJO EL MANTO DE LA NOCHE

—Pero, ¿qué objeto tendría Brehmer para matarlas?

—¿Matarlas? Yo no he hablado más que de la madre—dijo Cross muy pausadamente.

El profesor no pudo ocultar su turbación ante la indiscreción que acababa de cometer.

—Usted verá, Cross, como eran inseparables, siempre se hablaba de ellas en plural...

—Pues lo ha acertado usted. Ambas han sido asesinadas.

—Esto es terrible, Cross. Yo no puedo soportar más esta noche. ¿Podría usted aplazar el hablar con Brehmer hasta mañana?

Al decir esto, Griswald se pasó la mano por la cabeza, completamente descompuesto.

—Tal vez tiene usted razón. Se puede dejar todo para mañana. ¡Qué olor a perfume!

—Los perfumes traen recuerdos—y al decir esto el profesor Griswald sacó del bolsillo de su chaqueta el mismo pañuelo con que había secado el perfume que cayera de la botellita de Amelia—. Mi pobre Juana usaba éste.

Cross ya sabía bastante; ya había visto lo suficiente, e incluso el perfume de Amelia.

—Le esperaré a usted mañana por la mañana, Cross.

EL CASTIGO DE GRISWALD

CUANDO cerró Griswald la puerta y vió que Cross se alejaba en un auto, respiró un poco, pues oyó que el detective daba al chofer una dirección muy apartada.

En cuanto se oyó muy lejano el ruido del auto, Griswald corrió a sacar a Amelia del arcón, creyendo que ésta todavía estaría desmayada, y quedó sorprendido al ver que había vuelto en sí, aunque no podía moverse. El la cogió en sus brazos y la depositó encima del sofá.

Después de la visita de Cross, el doctor Griswald se veía completamente perdido, y la posesión del librito todavía le tenía más temeroso que antes de haberlo encontrado.

Amelia le miraba con ojos de es-

panto, pero no tenía fuerzas para llamar, apenas para hablar.

—Doctor Griswald —susurró—, debería usted acompañarme a casa.

El no contestaba. Fija la mirada en el suelo, como si de allí esperase una solución para su atormentado cerebro.

—Mi abuelo extrañará mucho que yo tarde tanto, ¿No tiene usted alguien que me lleve hasta un coche?

No había manera de que la atendiera. En realidad no la oía. Bullían tantas cosas en su cerebro. Le parecía ver a todas sus víctimas de aquella noche, pidiéndole estrecha cuenta de su maldad. La voz de Juana silbaba en sus oídos: «¡Decide! ¿Celia Van Horne, o yo?»

Hacía pocas horas que se le había presentado este dilema. ¿Por qué no había accedido a los ruegos de su pobre esposa? Sacrificada constantemente para que él llegara a ser una notabilidad... Y ahora, ¿qué?

—Pero, doctor Griswald, ¿por qué no me hace usted caso? Me voy a morir aquí, si no me lleva usted a casa...

Esta vez se dió cuenta de que alguien que no era un espectro le estaba hablando. Volvió los ojos hacia Amelia y la vió tendida sin fuerzas en el diván.

Aquella noche fatal, Griswald no hallaba otra solución que el crimen, y levantándose airado, cogió un almohadón y tapó con él la cara de Amelia, con tanta fuerza que no había ninguna duda de que intentaba ahogarla.

Se abrió la puerta de la calle y entró Cristóbal Cross. Griswald le vió al instante y echó a correr hacia la escalera. Al llegar al piso entró en la primera habitación que le vino al paso y de allí salió un policía que le encaró el revólver. Desatinado, se metió en otra habitación y de allí pasó a otra, recorriendo todas las del piso alto, hasta entrar en la habitación de su esposa. Cuidadosamente salió por la ventana con la intención de saltar a un terradillo del otro piso.

La pared estaba cubierta de enredaderas, a las que se sujetó Griswald, pero éstas no eran lo suficientemente fuertes para aguantar el peso de un hombre. Se vió perdido y en este momento se abrió otra ventana de la casa y apareció en ella el viejo Brehmer.

—¡Ayúdeme, por favor, Brehmer!
—gritó Griswald fuera de sí.

El desequilibrado Rodolfo le miró con un semblante estúpido, como si no le conociera. Las ramas en que se sujetaba Griswald ya no podían aguantarle más. Cedieron y él cayó al jardín. Cayó en el mismo sitio donde pocas horas antes había caído el perrito de su esposa.

Una carcajada estridente rasgó el silencio del día que amanecía. Era Brehmer. Su apacible locura se había trocado en estridente y malvada. Corrió al cuarto de la señora Griswald, y cogiendo la pelota de «Ben-ny», que él mismo había devuelto allí, la tiró por la ventana, tal como había hecho el doctor después de haber tirado al perro.

Cross y Gerardo Shaw, visto que nada se podía hacer ahora con Griswald, se apresuraron a reanimar a Amelia, que estaba todavía atontada a causa del vino que le había suministrado el profesor y el intento de asesinato.

—No creo que esté usted nada grave—dijo Cross.

—Es que no sé lo que tengo. He venido aquí para devolver un librito a Griswald y han ocurrido la mar de cosas raras...

—¿Usted le ha devuelto el librito? ¿De qué se trataba?

—Era de fórmulas científicas... Pertenece a Juana y lo he encontrado en el bolsillo de mi abrigo. ¿Dónde está Gerardo?

El sargento Ambrosio había vuelto a sus funciones y fué él quien organizó la vigilancia de la casa de Griswald, por si éste intentaba escapar. Mientras Amelia hablaba, entró en la habitación con la trágica pelotita, y dijo:

—Vea, señor Cross, todavía está saltando la pelota.

—¡Esta vez también saltó detrás del perro!

—Gerardo, ¿dónde está Gerardo?

—Ha venido con nosotros, así es

que no puede andar lejos. Gerardo... ven, que Amelia te está llamando.

Apareció Gerardo Shaw, en cuyo semblante brillaba la satisfacción que sentía al verse libre de tan terrible acusación.

—Amelia, yo no estaba metido en nada de esto...

—Yo ya lo sabía, aunque no soy un detective de fama, como Cristóbal...

—Señorita Amelia, le perdono a usted esta bromita, porque esta noche ha corrido mucho peligro; pero mañana discutiremos eso —dijo Cross, riendo.

—¿No hay nadie todavía dispuesto a llevarme a casa? —preguntó Amelia.

—Ya la acompañaré yo, señorita —dijo el sargento Ambrosio.

—Gracias, Ambrosio... Soy yo, quien debe acompañarla—dijo Gerardo—. Vamos, Amelia.

FIN

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

2 ptas.

Sigamos la flota	C. Rogers
Ritmo loco	F. Astaire
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lil Dagover
Maria Estuardo	K. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Los dos pilletes	Jacques Tavoili
Apuesta de amor	Gené Raymond
Vuelta de Arsenio Lupin	Warren William
Forja de hombres	Mickey Rooney
Héctor Fieramosca	Gino Cervi
El mundo a sus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazzari
Una pareja invisible	C. Bennet
La mujer sin alma	C. Grant
El dominó verde	John Boles
Damas del teatro	Danielle Darrieux
Detective y compañera	Kath. Hepburn
Señorita en desgracia	Zasu Pitts
Defensores del crimen	Fred Astaire
Aventura Pompadour	Richard Dix
El poder invisible	Kate de Nagi
Melodía rota	Boris Karloff
Titanes del mar	Willy Birgel
Cupido sin memoria	Víctor McLaglen
Maria Ilona	Ann Sothorn
Posada Jamaica	Paula Wessely
El caso Vare	Charles Laughton
Pygmalion	Clive Brook
Quimera de Hollywood	Leslie Howard
Alarma en el expreso	Joan Fontaine
Los tres vagabundos	M. Reedgrave
	Heinz Ruhman

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL

2 ptas.

La última falla	Miguel Ligero
La reina mora	Maria Arias
Rinconcito madrileño	P. G. Velázquez
Maria de la O	Carmen Amaya
¡No quietol! ¡No quiero!	José Baviera
La canción de Aixa	Miguel Ligero
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Eran tres hermanas	Luisita Gargallo
Bohemios	Emilia Aliaga
Melodía de arrabal	I. Argentina
Don Floripondio	C. Gardel
En busca de una canción	Valeriano León
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Leyenda rota	Miguel Ligero
Crimen de medianoche	Juan de Orduña
	Ramón Pereda

Martingala	Niño Marchena
Rápteme usted	Celia Gámez
Usted tiene ojos de mu-	
jer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Jai-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un	
lio?	Maruja Tomás
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Alas de paz	Lois de Valois

SERIE ALFA

2'50 Ptas.

Sabú, Toomay de los	
elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Redgrave
Carmen, la de Triana	I. Argentina
El sobre lacrado	L. Gargallo
La Dolorosa	Rosita Díaz
La Millona	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Moncayo (Los	
de Aragón	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Las dos niñas de París	C. Barghon
Molinos de viento	Pedro Terol
¿Es mi hijo?	Lil Dagover
La última avanzada	Cary Grant
Vacaciones juez Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Greta Garbo
La alegría de la huerta	Robert Taylor
Mortal sugestión	Flora Santacruz
Una chica insoportable	Ann Harding
Bajo manto de la noche	Danielle Darrieux
	Edmund Lowe

SELECCIONES

BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Parrala	Maruja Tomás
La Petenera	Juan Monfort
Verbena	Maruja Tomás
Rosa de Africa	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del deseo	Leslie Howard

BIOGRAFIAS DEL CINEMA

1'25 ptas.

Imperio Argentina	Miguel Ligero
Estrellita Castro	Mehryn Douglas
Alfredo Mayo	Antonio Vico
Manuel Luna	

EDITORIAL «ALAS».

NUMERO 1

Apartado 707.

BARCELONA

CANCIONERO

CANCIONERO - corriente

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOFRIU
LUIS MANDARINO (Tangos)
RODRI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NIÑA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aixa)

JUANITO VALDERRAMA
EL AMERICANO
BOSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NINO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO

Números extraordinarios

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENCO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
(Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN». (Ago-
tado)

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
(Agotado)
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Ago-
tado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado)
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 ptas.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
R. GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT

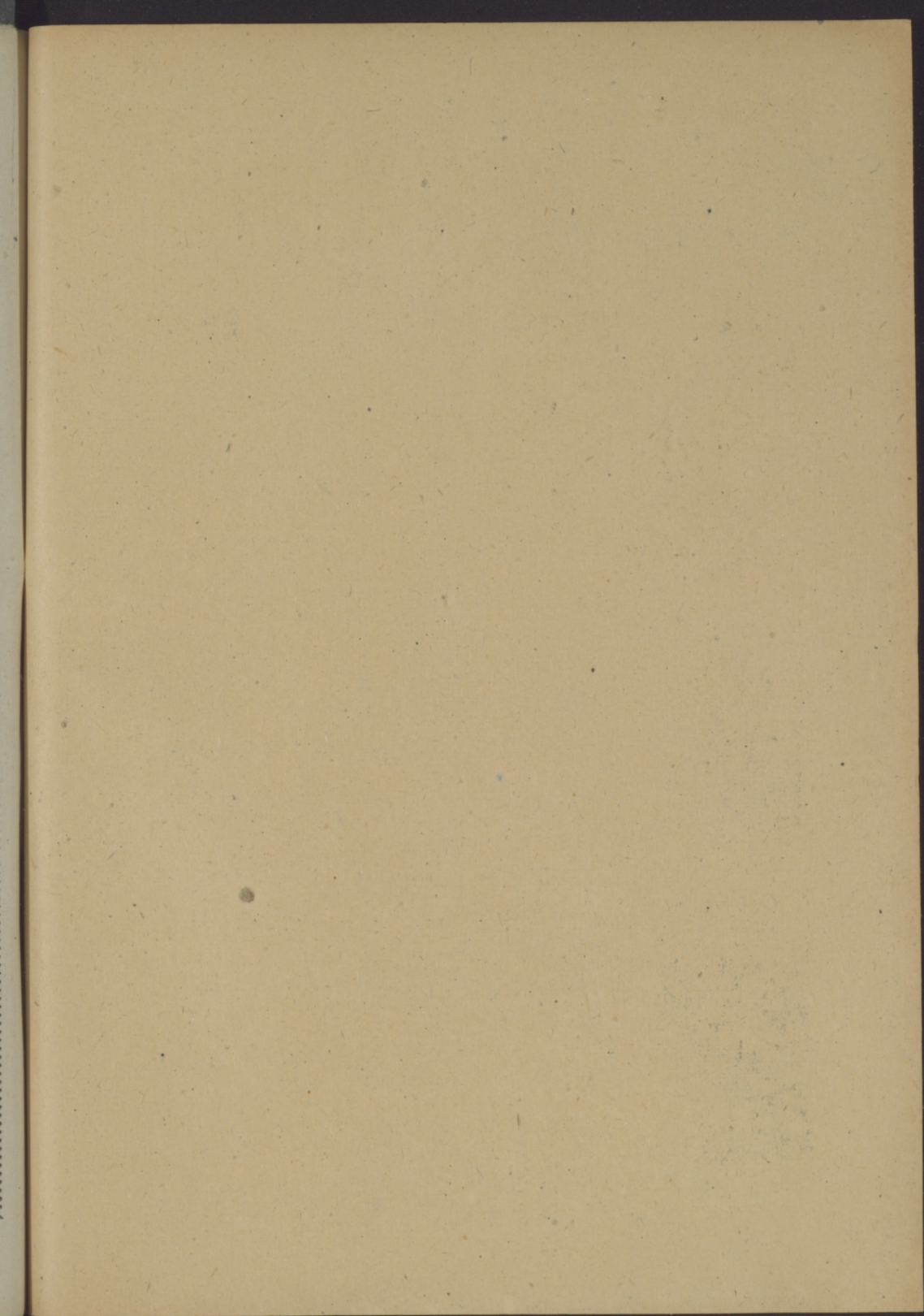
CONCHITA PIQUER
TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS

Pedidos a



Apartado 707

BARCELONA



CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

(EL PRIMERO EN SU GÉNERO Y EL QUE TODOS IMITAN)

Primer número de **CANCIONERO: CARLOS GARDEL** - 30 octubre 1931

PRECIO: 2,50 PTAS.



CONCHITA PIQUER

Tatuaje - La Lirio - La Caramba - Almudena
Dime que me quieres - Eugenia de Montijo
No me llames Dolores - La niña de la estación - Etc.

MARUJA TOMAS

Lola Montes - Yedra - La Chiquita Piconera
Farolero - Bebe y Bebe - La niña de la Ventera - Caravana - Doña Luz - ¿Qué te pasa, Triniá? - Te lo juro yo - Etc.

EDITORIAL



MARCOS REDONDO

El Divo - La Tabernera del Puerto - La rosa del azafrán - La del manojo de rosas - El cantar del arriero - Luisa Fernanda - La Parranda - Los gavilanes - Etc.

IMPERIO ARGENTINA

Goyescas - Carmen - Aixa - Melodía de arrabal - Su noche de bodas - Lo mejor es reír - Morena clara - La hermana San Sulpicio - Etc.

"ALAS"



RAFAEL MEDINA

Dulces recuerdos - Perdóname - Angelita
Soñar otra vez - Ranchero soy - Presentimiento - Tango de amor - Al son de la marimba - Horas felices - Noches del trópico - Llegó el amor - Mari-Sol - Etc.

ESTRELLITA CASTRO

La copla de Luis Candelas - Romance morisco - La Camelia - Los misterios de Tánger
La danza del fuego - Blanca Paloma - Madrid de mis sueños - Etc.



EDITORIAL



"ALAS"

